

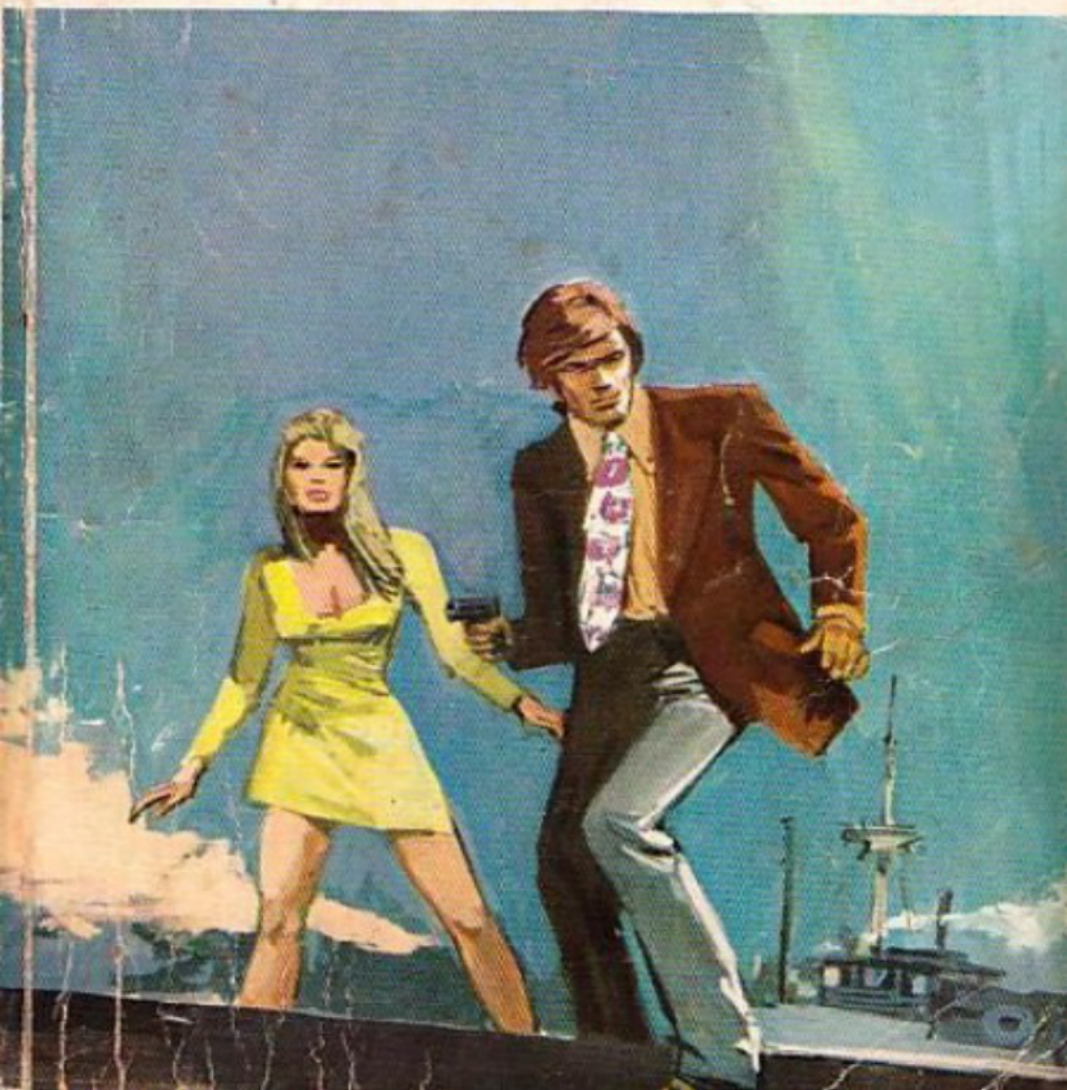
BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE
PUNTO
ROJO

rosas para la muerte

burton hare



ROSAS PARA LA MUERTE

BURTON HARE



Colección

PUNTO ROJO n.º 655

Publicación semanal

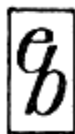
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

COLECCION

PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.264 —¡Abrázame, muerte!

En Colección PUNTO ROJO:

651 —Todos querían matar.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 37.935 —1974

Impreso en España —Printed in Spain

1ª edición: noviembre, 1974

© Burton Haré —1974 texto

© Desilo —1974 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2

Barcelona —1974

CAPÍTULO PRIMERO

SIN duda era de noche porque la habitación estaba sumida en penumbras.

Un hombre dormía atravesado sobre el lecho. Un hombre vestido solamente con unos pantalones grises y cuyo torso desnudo subía y bajaba a impulsos de la extraña y agitada respiración.

Aquella respiración no era normal, pensó ella, sobrecogida por la proximidad del hombre al que debía matar.

Algo le sucedía a él, no cabía duda.

La atmósfera del cerrado cuarto era densa, pesada y olía mal.

Tan mal como debía oler la muerte.

Ella avanzó cautelosamente, aunque rígida. Se le antojaba que todo aquello sucedía en otra parte, como si su personalidad se desdoblara y pudiera ver la escena proyectada en una pantalla cinematográfica con la cámara ralentizada, lo que producía unos movimientos pausados, lentos, casi alados.

No obstante, no había nada de alado en el largo cuchillo que reflejaba la luz de la ventana. El mortífero cuchillo que relampagueaba en su mano mientras se aproximaba al lecho, cautelosa como una pantera.

Trató de averiguar qué estaba haciendo allí, por qué tenía que matar a aquel hombre que dormía de aquella manera tan extraña...

Cuando llegó junto al lecho se detuvo, mirándolo. Era relativamente joven, de piel muy pálida y pecho más bien escuálido. Tenía la boca abierta y su respiración semejava un fuelle estropeado.

Ella levantó el cuchillo por encima de su cabeza.

Tenía que hacerlo, y pronto, antes de que él despertase y pudiera defenderse...

Descargó el primer golpe en medio de una vorágine sobrecogedora, como el rugir de un huracán que se hubiera colado en su cabeza.

El cuchillo se enterró hasta la cruz en el pecho del durmiente.

El hombre dio un salto, lanzando un grito ahogado. De modo instintivo, tendió las manos como si quisiera protegerse y en ese instante el cuchillo descendió por segunda vez, rasgando las manos y destrozando parte de aquel rostro contraído por el dolor y el pánico, para acabar enterrándose en la garganta...

Lo dejó allí sin saber por qué, mientras aquel cuerpo sufría unas breves sacudidas antes de quedar horriblemente quieto. La sangre brotaba a borbotones, empapando las ropas de la cama y deslizándose hasta el suelo.

Todo era absurdo, completamente, empezando por la muerte de aquel hombre que ni siquiera conocía...

Estática, retrocedió hasta sentir la pared a sus espaldas. Se apoyó en ella tratando de cerrar los ojos, de no ver...

Era inútil. Incluso con los ojos cerrados seguía viendo aquella especie increíble de película proyectándose a cámara lenta en su cerebro.

El ya no alentaba, y sin embargo, le pareció oír un leve roce, como un golpe suave.

Abrió los ojos. La sangre era roja. Goteaba hasta las baldosas del suelo, formando una gran mancha irregular.

No obstante, era como si un poco más allá hubiera caído otra pequeña mancha, lejos de la primera.

Perpleja, ella volvió a aproximarse al lecho y miró aquello.

Era el colmo del absurdo, porque se trataba de una rosa roja.

Antes no estaba allí, desde luego. Estaba segura de eso.

Tampoco había estado sobre la cama cuando golpeó por primera vez.

La película seguía desarrollándose en otra dimensión. Era muy extraño lo que ocurría, porque ella era al mismo tiempo espectadora del drama y protagonista del mismo.

Todo era muy extraño. Como aquella rosa aparecida como si hubiera brotado del suelo.

También la habitación era sumamente sorprendente, porque tenía paredes rojas, y rojas eran las cortinas, y la colcha...

Ella se inclinó y tomó entre sus manos la rosa. Era de una clase también especial, de suaves pétalos semejantes a terciopelo, de un rojo oscuro... casi más oscuro que la sangre...

De un modo incongruente, la olió. Tenía un perfume exquisito y daba gusto sentir la suavidad del terciopelo entre los dedos.

Poco a poco retrocedió de nuevo, esta vez hacia la puerta. La abrió y salió del dormitorio. Cerró otra vez la puerta y dio vuelta a la llave.

Todo era ahora más oscuro porque no había ninguna ventana por la que penetrara el reflejo de las luces de la calle. Trató de pensar en la rosa, y en la llave, y en qué estaba haciendo ella en ese lugar de pesadilla...

Entonces despertó sobresaltada, incorporándose de un salto sobre la cama.

Al instante notó el viscoso y frío contacto de la transpiración de todo su cuerpo desnudo bajo la sábana.

También advirtió que estaba temblando a causa de la atroz pesadilla.

No podía comprender cómo había podido soñar en algo tan horrible, «viviéndolo» con semejante intensidad...

Por la ventana penetraba la luz de la mañana. Miró el reloj y vio que pasaban de las ocho. La cabeza le dolía y sentía una extraña lasitud en todos los miembros.

Saltó del lecho, todavía estremecida al pensar en la pesadilla que se había desarrollado durante su sueño.

Tratando de aligerar aquella pesadez, permaneció mucho más tiempo del acostumbrado bajo la ducha, dejando que el agua jugara sobre sus senos y se deslizara por su piel como una fría caricia.

Cuando se hubo secado, se miró al espejo. Había unos leves círculos oscuros en torno a sus grandes ojos azules, seguramente producto del mal sueño. Por lo demás, su aspecto era satisfactorio. Seguía siendo extraordinariamente hermosa, y su cuerpo, en una noche, no había cambiado tampoco. Era terso, bronceado por el sol, con senos firmes y juveniles, muslos en los que no sobraba un gramo de grasa y largas piernas que tenían exactamente las proporciones debidas, ni un milímetro de más ni de menos.

Por ese lado todo andaba bien. Lo que no tenía lógica era la horrenda pesadilla, y aquella absurda flor en medio de un sangriento escenario.

Se vistió con sólo la bata blanca que utilizaba para trabajar. El día se anunciaba tan caluroso como los anteriores.

Preparó café y tostadas y luego se acercó al inmenso ventanal del estudio, corrió la cortina y contempló la panorámica familiar de la ciudad tendida a sus plantas.

Encendió un cigarrillo y sólo entonces dio el primer vistazo al dibujo abocetado que esperaba sobre el tablero.

Ya no podía demorar más tiempo entregarlo a la revista para la que trabajaba habitualmente, de modo que se dispuso a seguir con la tarea y fue entonces que vio algo rojo en el suelo, sobre la blanca alfombra y cerca de la puerta.

Una rosa.

Sintió un escalofrío al volver a recordar su pesadilla.

Aquella rosa era de un color rojo oscuro, y de la clase llamada de terciopelo por la suave pelusilla que cubría sus pétalos.

Como la del sueño. Y estaba marchita y apretujada, como si alguien la hubiese estrujado en la mano.

¿De dónde habría salido?

Estuvo mirándola mucho rato, sin comprender, sin explicarse la inesperada presencia de aquella absurda flor en la alfombra, cerca de la puerta del estudio que comunicaba con el resto del apartamento.

Después de darle vueltas entre los dedos, la arrojó a la papelera con

un gesto brusco, cual si así quisiera librarse de todo lo que esa flor devolvía a su mente.

Para escapar a todo ello se puso a trabajar furiosamente en el dibujo. Resultó un intento vano, por cuanto el recuerdo de la pesadilla volvía una y otra vez.

Lo único que consiguió fue dejar casi terminado el trabajo en un tiempo récord, aunque sin quedar plenamente satisfecha de su calidad.

Pensó dejarlo y darle los últimos retoques a la mañana siguiente, para tratar de mejorarlo, pero tampoco disponía de mucho tiempo, si tenía en cuenta que además de ése debía terminar una portada a gran formato para los primeros días de la semana siguiente y aún no tenía ni siquiera la idea para ella, tan sólo la breve reseña que le facilitaban los editores.

De modo que resolvió no abandonar el estudio hasta acabar definitivamente el dibujo, y excepto una breve pausa para ingerir algún alimento frío a mediodía, cumplió su propósito. Terminó a últimas horas de la tarde.

Hubo de reconocer que la gran ilustración había mejorado mucho. Casi podía sentirse satisfecha de ella.

Se dejó caer en el diván y cerró los ojos unos instantes, saboreando un cigarrillo.

Luego, levantándose, entró en el cuarto de baño, se duchó y después de secarse, eligió un vestido para salir a cenar. Tal vez tuviera la suerte de encontrar al grupo de amigos habituales en el restaurante.

Casi había conseguido olvidar la absurda pesadilla gracias a su fuerza de concentración en el trabajo. De vez en cuando dedicaba un breve recuerdo a la rosa tan absurdamente aparecida sobre su alfombra, pero luego volvía a olvidarla.

Se dio los últimos toques ante el espejo. Su cuerpo soberbio se veía bien dentro del ajustado vestido, que dejaba al descubierto sus largas y hermosas piernas. Dedicó una mueca burlona y alegre a la imagen del espejo y buscó el bolso. Estaba tirado sobre una butaca.

Dio un rápido repaso a su contenido para asegurarse de que llevaba dinero y todo cuanto solía guardar en él.

De este modo encontró la llave.

Se quedó paralizada, mirándola, mientras un frío de muerte culebreaba por su espalda.

Era una llave pequeña, dorada, con anillo cuadrado. Nunca había tenido una llave semejante en su poder...

Excepto en la pesadilla.

Porque aquélla era la llave de la puerta que cerró después de la sangrienta muerte de aquel hombre.

Recordaba ahora ese detalle de su sueño. La llave que giraba en la

cerradura, y cómo la retiraba, aunque no podía recordar nada después, excepto una pesada oscuridad.

Y ahora estaba en su bolso.

En su propia mano.

De pronto la soltó, dejando escapar un breve grito de espanto.

Primero la rosa, y ahora la llave.

Cerró el bolso de golpe, temblando, mirando a su alrededor igual que alucinada, buscando la seguridad de las cosas familiares, conocidas; los cuadros y los muebles, los objetos de adorno obra la mayoría de ellos de sus propios compañeros...

Todo eso estaba bien, era su mundo, su seguridad y su paz.

Pero la llave y la rosa, no.

En aquel instante llamaron a la puerta y el breve sonido del timbre casi le hizo dar un brinco, tan tensos tenía los nervios...

Capítulo II

EL crepúsculo ensombrecía las calles cuando el teniente Shawn se detuvo ante el edificio.

Algunas luces brillaban ya, y los escaparates desparramaban torrentes de luz en las aceras.

El teniente arrugó el ceño al ver el portal, y el amplio vestíbulo con las paredes de mármol. Era curioso esa coincidencia, porque él había visitado ese mismo edificio a raíz de otro caso, cuando sólo ostentaba el grado de sargento...

Sacudió la cabeza, perplejo por los recuerdos, y entró. Revisó la lista de inquilinos, buscando el nombre de Benson Aisley. Vivía en la décima planta y el policía se encaminó al ascensor, que en ese momento se detenía. Las puertas se abrieron y un pecos mensajero salió de él. Llevaba un llamativo uniforme azul con ribetes dorados y una gorra redonda que acentuaba su aspecto picaresco.

Max Shawn entró en la cabina automática y salió lanzado hacia arriba.

En el pasillo reinaba la penumbra. Masculló algo desagradable dedicado al encargado de los servicios del edificio y luego empezó a buscar la puerta número cuarenta y dos.

En aquel momento, sobre su cabeza, en alguna parte que no pudo precisar, sonó un espantoso alarido que casi le puso los pelos de punta a él, un curtido policía.

Se detuvo en seco, esperando otro grito que le orientase, pero ya no hubo otro, de modo que se lanzó escaleras arriba, saltando los peldaños de dos en dos.

En la planta superior vio un par de puertas abiertas y algunas personas interrogándose unas a otras.

—¿Dónde fue eso? —gritó, deteniéndose.

Una mujer balbució:

—¡Arriba!

Reanudó la carrera, jadeando. Pensó que debería asistir con más asiduidad a las sesiones de adiestramiento porque estaba perdiendo la forma física.

En el piso siguiente sólo había tres puertas, correspondientes a los áticos.

Dos estaban abiertas. Ante una de ellas había una muchacha semidesnuda, aunque ella creyera lo contrario, al llevar puesta una especie de nube dorada que la cubría de la garganta a los pies. Pero era tan transparente como un cristal.

En la otra, dos hombres miraban azorados al policía recién aparecido.

—¿Qué pasó? —jadeó Shawn, deteniéndose.

La muchacha dijo:

—No sé... oí un grito...

—Nosotros también. Debió ser la chica.

—¿Qué chica?

—Ahí, esa puerta.

Max se acercó a la puerta cerrada y llamó con unos golpes que resonaron como disparos.

No hubo respuesta.

—Algo debe ocurrirle —suspiró la muchacha cuyo cuerpo parecía tan dorado como la prenda que lo cubría—. Sé que ella está ahí... oí cómo cerraba la puerta antes de gritar...

Los dos hombres se habían acercado ahora.

Max los apartó y retrocediendo para tomar impulso, gruñó:

—Veremos qué pasa ahí dentro...

—¡Eh, no puede usted derribar la puerta!

—¿Usted cree?

—¡Habría que llamar a la policía!

—¡Yo soy la policía, idiota!

Salió disparado a través del pasillo. Su hombro enorme golpeó contra la puerta y hubo un tremendo crujido cuando la cerradura saltó por los aires. La puerta giró y Shawn entró dando tumbos antes de recobrar el equilibrio.

Las luces estaban encendidas, pero antes de internarse en el apartamento se volvió hacia los rostros curiosos que asomaban por la puerta.

—No quiero que nadie entre aquí, si yo no le llamo.

Ajustó la maltratada puerta y luego avanzó sobre una espesa alfombra.

Vio a la muchacha caída en el centro de la estancia confortable, sobre la alfombra y junto a una mesita. De un salto estuvo a su lado, comprobando que respiraba de un modo agitado.

Se levantó. Sobre la mesita había un papel que, evidentemente, había envuelto algo... algo siniestro que estaba caído también al lado de la muchacha desmayada:

Un cuchillo de afilada hoja, con unas oscuras manchas de color

pardusco.

—Sangre seca —rezongó entre dientes.

Volvió junto a la inconsciente joven y la miró largamente. Poco a poco, aquel bellísimo rostro abría la ventana de los recuerdos en su mente, devolviéndole a un pasado no muy lejano, pero sí casi olvidado.

—La pequeña Jean Myers... —murmuró, apenas sin darse cuenta.

Enfundó el revólver y tras un último vistazo al cuchillo, fue al teléfono y disco un número que sabía de memoria.

—¿Doctor Paine? Aquí el teniente Shawn, avísele por favor.

Una voz gruñó por el auricular:

—¿Max?

—Hola, Henry. ¿Conoces el edificio Blue Star?

—Por supuesto.

—Estoy en el ático... creo que es la puerta tres. Bueno, de todos modos la verás con sólo asomar la nariz aquí. Está rota, así que no tienes pérdida.

—¿Qué diablos ocurre?

—No lo sé. Hay una chica inconsciente y va a necesitar un médico como tú en cuanto recobre el conocimiento.

—¿Cómo puedes afirmarlo? Lo lógico es...

—No hay lógica en este podrido oficio mío. Ven cuanto antes, Henry.

—Muy bien.

Colgó y fue a la puerta.

Había más de quince personas allí, apelotonadas, curiosas.

—Soy el teniente Shawn, de la policía. Yo me ocuparé de este asunto, de modo que no interfieran. No intenten entrar en este apartamento, a menos que alguien sepa algo concreto... Por ejemplo, si vio salir a algún individuo de aquí. ¿Alguien lo vio?

La mayoría de cabezas se agitaron negativamente.

Fastidiado, cerró otra vez la puerta, a pesar de que estaba casi arrancada de sus goznes.

Jean Myers seguía inconsciente. Max la levantó en brazos, casi con ternura y la llevó al enorme diván, donde la depositó con sumo cuidado.

Encendió un cigarrillo y se fue a contemplar el cuchillo.

Era un buen hierro. La hoja era larga, de doble filo. Unos filos tan aguzados como una navaja de afeitar.

Ni siquiera dudó de que las manchas eran de sangre seca. Había visto muchas otras a lo largo de su vida profesional.

Tomó el papel del envoltorio. Era papel fuerte y corriente, desgarrado cuando ella deshizo el paquete.

Junto al papel había un pedazo de cartón grueso que debía haber contenido el cuchillo. El cartón estaba aún doblado en forma de tubo.

Shawn expelió el humo con fuerza. Poco a poco los recuerdos en los que aparecía aquella muchacha fluían con nítida claridad y cuanto más recordaba menos satisfecho se sentía ante aquel cuchillo.

De pronto, la muchacha emitió un leve quejido. Max fue a su lado y la contempló. Realmente, en otras circunstancias hubiera sido una gran cosa poder contemplarla detenidamente. Tenía un cuerpo que era una pura filigrana, y unas piernas por las que deslizar la mirada resultaba pura delicia...

Sacudió la cabeza y gruñó:

—¿Jean?

Ella ni siquiera acusó su voz.

Se encogió de hombros y buscó un cenicero.

Acababa de encender el tercer cigarrillo cuando el médico llegó.

Era un hombre alto, delgado y distinguido. Joven aún, sus sienes eran ya casi tan grises como las del propio teniente Shawn.

—¿Qué le pasó? —quiso saber el doctor Paine cuando le hubo estrechado la mano al policía.

—No lo sé. La encontré tirada en el suelo, inconsciente, al lado de ese cuchillo.

—¿Son de sangre esas manchas?

—Seguro.

—Pero seca...

—Sí. Alguien debió entregárselo en un paquete. El papel y el cartón están en la mesa, y cuando yo entré en el ascensor, un mensajero salía de él.

—Ya veo...

El médico pareció olvidarse del teniente y puso manos a su propio trabajo.

Minutos después gruñó:

—Es un *shock* muy raro... ¿Cuánto tiempo hace que la encontraste?

—Más de veinte minutos.

—Demasiado para que siga tan absolutamente inconsciente...

Abrió su ligero maletín y preparó un inyectable.

Tras él, Shawn dijo:

—Tal vez te interese saber de qué conozco a esa muchacha...

—¿Realmente, la conoces?

—Seguro. Ahora debe andar por los veintidós años... Cuando yo la conocí apenas si había cumplido dieciocho y acababa de matar a un hombre.

La ampolla del inyectable escapó de los dedos del médico.

—¡Cuernos, Max! —jadeó—. ¿Es una broma?

Viendo la expresión del policía supo que no era ninguna broma.

Recogió el inyectable y lo tiró al cenicero. Sacó otro de su estuche y al fin pudo prepararlo.

Cuando acabó de aplicar la inyección a la muchacha, se enderezó.

—Tardará unos minutos en actuar, pero eso la hará reaccionar, aunque maldito si sé de qué modo ahora. Normalmente, la acción de esa droga hace que la persona inconsciente recobre el conocimiento paulatinamente, sin sobresaltos. En este caso, presumo que se dan unas circunstancias especiales.

—Ya puedes jurarlo. Ella lanzó un auténtico alarido antes de perder el conocimiento.

Imagino que fue al ver el cuchillo. De cualquier modo, no te muevas de aquí hasta ver en qué para todo esto.

—¿Por qué viniste a verla tan oportunamente?

—No vine por ella, sino por un bastardo de categoría que vive abajo, en la décima planta... Pero eso es otro asunto. ¿Cuánto tiempo crees que tardará en hacer efecto esa pócima?

—¿Pócima? Max, a veces pienso que tú perteneces a la época de las cavernas, en lo que atañe a tus modales.

—Déjate de disquisiciones. ¿Cuánto?

—Diez minutos... quince a lo sumo.

Alguien golpeó la puerta con los nudillos. Max Shawn fue a ver qué ocurría y se encontró ante un hombrecillo asustado que balbució:

—¿Qué ha pasado aquí? Soy el conserje, ¿sabe?

—Un accidente. Oiga, ¿conoce a Ben Aisley?

—Claro...

—Vaya y dígale que quiero verle. Soy el teniente Shawn. Dígaselo con todas las letras. ¿Sí?

El hombrecillo tragó saliva y se largó al trote.

Max volvió al lado del médico.

—¿Nada aún?

—No... y me preocupa.

—Tú eres un buen reductor de cabezas. Haz algo, hombre.

—Me gustaría mucho que escogieras mejor tu lenguaje, Max...

—Olvídalo. Se debe a mi rudo trabajo, lo creas o no.

Henry Paine sonrió.

—Lo imagino. Yo trato con chiflados y tú con criminales... No hay demasiada diferencia si uno se detiene a pensarlo.

Shawn sacó el último cigarrillo de la cajetilla y lo encendió.

Paine preguntó:

—¿Cómo fue que una chiquilla de dieciocho años matase a un hombre, Max?

—Es una sucia y larga historia que no deseo contar ahora, Henry.

—Has despertado mi curiosidad, eso es todo.

—Ocúpate de la muchacha.

—No puedo hacer nada más por ella hasta que la inyección surta efecto.

—¿No hay forma de que recobre el conocimiento más pronto?

—Por supuesto que existe una fórmula, pero es peligrosa en las presentes circunstancias.

Shawn soltó un gruñido de impaciencia.

Luego, volvieron a llamar a la puerta y el policía fue al encuentro del visitante.

Ben Aisley era un individuo desgarrado y escurridizo, que vestía trajes de trescientos dólares y podía permitirse los mayores lujos sin esfuerzo aparente.

—Entre, Aisley, y cierre la puerta —gruñó el policía.

—Algo le ha pasado a esta puerta. Viéndole a usted, no resulta difícil imaginarlo. ¿Qué ocurre, teniente?

—Vine a hablar con usted, Aisley, pero una muchacha que vive en este apartamento hizo que me distrajera un momento.

—No tengo cuentas pendientes con la ley y usted lo sabe.

—También sé que maneja la mayoría de apuestas de la ciudad, Aisley. Y que mantiene un grupo de matones para cobrar a los morosos, y algunas cosas más muy succulentas, si decido llevarle a los tribunales.

Ben Aisley sonrió de oreja a oreja.

—Está fanfarroneando, teniente. No existe nada contra mí en la actualidad.

—Existirá si yo decido buscarlo. O fabricarlo, ya que me apura.

El apostador dejó de reír de golpe.

—No se atrevería, teniente... Tengo abogados, relaciones... No soy un «don nadie», como hace años.

—Seguro que no, Ben. Ahora eres un hijo de perra mucho más grande, pero eso importa poco, si yo decido acorralarte.

—Pero, ¿por qué, maldita sea? No puedo comprenderlo.

—Rob Malloy —dijo Shawn con voz fría.

—¿Malloy?

—Es un buen muchacho. Déjalo en paz o me ocuparé de ti personalmente, Ben. No volveré a avisarte.

—¡Usted no puede amenazarme de ese modo, teniente! Es ilegal, vulnera todos...

El brazo derecho del policía saltó hacia delante. Una garra de acero se cerró sobre la pechera del tahúr, casi levantándolo en vilo.

—No me hables de legalidad, Ben, porque me pones enfermo —barbotó, zarandeándole—. Deja en paz a Malloy y podrás continuar con

tus chanchullos, pero si tus matones vuelven a amenazarlo, te haré trizas.

El apostador se desprendió de un tirón. Sus ojos echaban chispas.

—¡Quíteme las pezuñas de encima! —bramó—. ¿Cree que está hablando con una rata de muelle?

Shawn volteó la mano y le abofeteó. Una, dos veces. Con salvaje violencia, que lanzó al tahúr dando tumbos hasta el otro extremo del *hall*.

—Eres una rata de muelle, Ben —dijo, rechinando los dientes—. Vas a necesitar todos los abogados del mundo para librarte de mí si vuelves a molestar al muchacho. Y ahora, largo de aquí, rata.

Temblando de ira, Aisley retrocedió pegado a la pared. Tenía el rostro encendido y las huellas de los golpes comenzaban a oscurecerse.

—Se acordará de mí, teniente —barbotó.

—De eso puedes estar seguro.

Salió y cerró la puerta con tanta violencia, que casi la hizo saltar de los castigados goznes.

Detrás de Shawn, el doctor refunfuñó:

—No has actuado de modo muy ortodoxo que digamos, Max.

—A ciertos perros hay que enseñarles modales de ese modo, o se creen más grandes que su amo. ¿Cómo está la muchacha?

—Ven y lo verás.

Jean comenzaba a rebullir. Un débil y continuo quejido escapaba de sus labios crispados.

—Una crisis —murmuró el médico—. Si supiéramos las causas podría calmarla. Ahora sólo podemos esperar.

Cuando la muchacha abrió los ojos, su mirada desorbitada se clavó en los dos hombres inclinados sobre ella, como si quisiera atravesarlos.

—No tiene nada que temer —susurró Paine—. Soy médico y estoy aquí para atenderla. ¿Cómo se siente?

Ella movió los labios, pero ningún sonido brotó de ellos.

Shawn gruñó:

—Bueno, haz algo...

—Espera.

Jean tardó varios minutos en reaccionar. Cuando apartó las manos de sus ojos, balbució:

—¿Lo... lo vieron...? Está ahí...

—¿A qué se refiere?

La voz del doctor era suave, tranquilizadora.

—Al cuchillo... esa horrible cosa...

—Alguien se lo envió. Vimos el envoltorio. Pero es sólo una broma de mal gusto, imagino. No debe preocuparse.

—¡No, no! No comprende...

Shawn gruñó:

—¿Se acuerda de mí, Jean?

Ella le miró con terrible intensidad.

Poco a poco, la luz volvió a sus ojos.

—¡Usted! —jadeó—. ¡Usted!

Él sonrió, y de pronto, en un impulso repentino, la muchacha se irguió y rodeó el cuello del policía con sus brazos desnudos.

El la encerró entre sus grandes manazas, un tanto apurado, mientras la joven estallaba en sollozos con la cara oculta en el amplio pecho del policía.

—Tranquilícese, pequeña... no tiene nada que temer...

—No comprende... esa cosa horrible...

—Lo contará todo después. Ahora, cálmese, por favor.

Estupefacto, Paine se rascaba el cogote ante la sorprendente escena.

Minutos más tarde, el contacto confortante de las grandes manos de Shawn sobre su cuerpo, la calmaron lo suficiente para reaccionar.

—Fue una pesadilla... —susurró.

—¿Cree que está en condiciones de hablamos de ello?

—Sí, sí... ¿Cómo se llama...? Oh, Max, ya recuerdo... Fue usted tan bueno conmigo... le debo todo...

—Bien, digamos que estuve a punto de perder mi empleo por usted. Y nunca me dio las gracias, ahora que se me ocurre.

—Todo sucedió anoche.

El la apartó suavemente, mirándola al fondo de sus enormes ojos azules.

—Muy bien, cuénteme.

—Una pesadilla... como surgida del infierno...

Se dejó deslizar hacia atrás hasta recostarse en el diván. Paine cambió una rápida mirada con el policía y esperó.

Luego, con voz monótona, ella relató la horrenda experiencia vivida en su sueño sin omitir detalle alguno.

Shawn suspiró, aliviado.

—Bueno, maldita sea, me había asustado. Fue sólo un mal sueño.

—Eso no es todo... Esta mañana... aquí, en el estudio, encontré la rosa aterciopelada, roja, estrujada como recordaba que la había apresado en mi sueño. La tiré a la papelera.

Max esbozó una seña y el médico se fue, para regresar instantes después con la rosa roja en la mano.

Asombrado, Shawn la examinó detenidamente ante la mirada aterrorizada de la muchacha.

—Bueno, es sólo una rosa —gruñó—. Imagino que las habré a

millares en las floristerías en esta época del año.

—Hay más... La llave.

—¿Qué?

—En mi bolso...

Esta vez, fue el propio Shawn quien fue en busca del bolso. No le costó encontrar la llavecita dorada, ante la cual ella volvió a estremecerse.

—En la pesadilla... cerré la puerta de aquel cuarto y quité la llave de la cerradura. «Esta llave». ¿Comprende? Y ahora... alguien ha enviado ese cuchillo... el cuchillo de mi sueño... es el mismo sin ninguna duda.

Perplejo, Shawn gruñó:

—Esas cosas no ocurren en la vida real, pequeña. Díselo tú, Paine. Eres psiquiatra, trata de explicárselo, haz algo positivo si puedes.

—Necesito más tiempo, Max. Hablar con ella a fondo y analizar sus recuerdos.

—Puedes hacerlo. Tienes todo el tiempo del mundo. ¿No cree que vale la pena, muchacha?

Ella cabeceó y susurró:

—Haré lo que usted diga... Confío en usted, Shawn.

Él sonrió otra vez tranquilizadamente.

—Sólo fue una pesadilla. Pero alguien trata de hacer algo sucio a su costa, eso es seguro, de lo contrario no le habrían enviado ese cuchillo. Confíe en el doctor Paine y todo irá bien.

Ella parecía una niña desvalida perdida en un bosque tenebroso.

Paine suspiró.

—Será preferible llevarla a mi clínica, Max. Cuando haya llegado a alguna conclusión, te llamaré.

—Si ella acepta, estoy de acuerdo.

Jean murmuró:

—Pero, ¿no va a detenerme... a interrogarme por lo menos?

—No puede detenerse a la gente porque sufra pesadillas, y hasta este momento, oficialmente, no tengo ninguna prueba tangible contra usted.

Paine gruñó:

—Déjame decirte que estás jugando demasiado fuerte, Max. Ese cuchillo puede...

—Ocupate de tu paciente y deja lo demás para mí, ¿sí?

—Muy bien, tú eres el policía y no yo. ¿Quiere acompañarme, señorita Myers?

Ella se levantó, sin apartar la mirada de Max.

—Otra vez estoy en sus manos —susurró—. Es como... como si la historia se repitiera, ¿no cree?

—No piense en eso. El pasado ya no existe, y esto de ahora es muy

distinto. No debe preocuparse más de la cuenta, créame.

Instintivamente, ella se empinó sobre los pies y le besó en la mejilla.

El contacto de sus labios fríos produjo una extraña sensación en el policía, pero cuando quiso reaccionar ella se alejaba en compañía del médico hacia el dormitorio para reunir lo más imprescindible para su breve estancia en la clínica.

Max Shawn esperó hasta que se hubieron marchado y entonces se dedicó a efectuar un detenido registro en todo el apartamento. No buscaba nada concreto y nada encontró. Quizá fue ese fracaso lo que le confortó en esos instantes de incertidumbre.

Tras esto, envolvió el cuchillo en un pañuelo, recogió la llave dorada y se fue, encargando al conserje que reparasen la puerta cuanto antes.

De momento, era todo lo que podía hacer por la hermosa muchacha que había reaparecido en su vida en unas circunstancias tan asombrosas como siniestras...

Capítulo III

SHAWN expelió el humo del cigarrillo y gruñó:

—Desde luego, es sangre humana. Los cerebros del laboratorio son contundentes en cuanto a eso.

El capitán jefe de la Brigada de Homicidios, dijo:

—¿Y la llave?

—Es de una cerradura corriente, como la de cualquier puerta interior. Imposible seguirle la pista, lo mismo que la rosa.

—Muy bien. ¿Qué piensa usted de todo esto, Max?

—No sé qué pensar. Por supuesto, alguien está tratando de comprometer a esa chica en algo sucio. Y no me sorprendería que en alguna parte de esta ciudad hubiera un cadáver esperando a que alguien lo descubra.

—¿Por qué precisamente a ella?

—Porque ya una vez mató a un hombre y estuvo a punto de volverse loca. Si yo no hubiera llegado tan oportunamente, nadie habría creído nunca que el cuchillo le fue enviado por un mensajero.

—Ya veo... A propósito, teniente. No recuerdo que me haya dicho qué hacía usted en aquella casa cuando ella gritó.

Max soltó un bufido.

—Digamos que estaba allí por un asunto personal.

—¿Relacionado de algún modo con Jean Myers?

—En absoluto.

—Confío en que sepa lo que está haciendo, Max. ¿Qué hay del mensajero?

—Tengo algunos muchachos tratando de localizar la agencia. Su uniforme era muy llamativo.

—Manténgame informado de este asunto. Es algo que puede estallarnos en las narices en cualquier momento, si realmente hay un cadáver acuchillado en algún lado.

—Lo que me intriga es la habitación que ella describe, jefe. Ese cuarto con paredes rojas, y rojos cortinajes... No tiene sentido. Nadie decora así hoy día.

—Recuerde que es fruto de una pesadilla.

—No lo olvido. Pero también son fruto de una pesadilla esa llave, y

la rosa, y el cuchillo. Y en ese cuchillo hay manchas de sangre humana. Si todo esto es tangible, real, creo que también lo es la extraña habitación.

—¿Quiere decir que ella «vio» realmente la escena que describe?

Shawn se encogió de hombros.

—No lo sé. Es algo que escapa a toda comprensión. Confío en que el médico que la examina saque alguna conclusión a la que podamos agarrarnos.

—¿Se ha detenido a pensar que está usted trabajando sobre el vacío? Oficialmente, no existe ningún caso criminal hasta ahora. Sólo el producto de una pesadilla.

—Lo sé, pero hay algo más, señor. Jean Myers.

El capitán Hogan cabeceó.

—Jean Myers —suspiró—. Estuvo a punto de costarle el puesto, Max, cuando desafió usted al fiscal del Estado en contra de toda lógica para defender a esa chica.

—Y resultó que yo tenía razón —le recordó Shawn.

—Eso le salvó, por supuesto.

Max sonrió y aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—¿Sabe usted? —dijo, levantándose—. De vez en cuando me asaltan extrañas corazonadas. Estoy acostumbrado a guiarme por ellas y generalmente da buenos resultados. Le mantendré informado... si realmente hay algo que informar.

—De acuerdo, aunque de modo oficial este asunto ni siquiera existe. De todos modos, buena suerte.

Shawn abandonó el despacho de su jefe sintiéndose reconfortado. Había temido que el capitán le impidiera continuar ocupándose del extraño caso que aún no lo era.

Por lo menos, de momento.

Descendió a los sótanos, donde estaba el garaje del edificio policíaco, tomó su coche y se dirigió a la clínica del doctor Paine.

* * *

El médico se recostó en el sillón, detrás de su mesa, y gruñó:

—No fue una pesadilla, Max... ella mató realmente a alguien.

—No puedo creerlo. ¿A quién, maldita sea?

—Eso es lo que me desconcierta, que no lo sabe. Recuerda perfectamente al hombre tendido dormido en una cama. Pero nunca lo había visto antes. Era una cara perfectamente desconocida para ella.

—Absurdo. La gente no mata a voleo, Henry, tú lo sabes.

—He hecho cuanto estaba en mi mano con esa muchacha. Estoy

seguro que ningún otro médico hubiera hecho otra cosa distinta a cuanto yo he puesto en práctica... y la conclusión no admite dudas. No fue una pesadilla, aunque el choque del crimen en su mente creó una laguna de oscuridad en su subconsciente que abarca el tiempo desde que abandonó el dormitorio del crimen hasta que se despertó en su propia casa.

—Ese dormitorio, Henry... Paredes rojas, cortinajes rojos, una colcha roja... ¿Crees que puede ser real, o es producto de su mente?

—Personalmente, opino que existe.

Hubo un silencio. Max gruñó:

—¿Te ha hablado del pasado, de lo que le sucedió hace cuatro años?

—Sí, aunque respecto a eso me gustaría oír tu versión. Sólo para estar seguro de que ella no retuvo en su mente nada importante. Compréndeme... si me hubiese mentido sobre eso, bien pudo ocultarme algo respecto a esa pesadilla que no lo fue.

Shawn titubeó. Luego, resignadamente, dijo:

—De acuerdo. Es un asunto sencillo después de todo. Ella conducía de noche por la carretera de Burbank cuando su coche se salió de la calzada, estrellándose contra un árbol. Quedó aturdida, y cuando recobró el conocimiento buscó una cabina telefónica desde la que pedir auxilio. Antes que la encontrara, pasó otro auto y se detuvo. Iban dos hombres en él, dos bastardos como muchos otros que encontramos en nuestro trabajo. Vieron a una muchacha sola, realmente hermosa, con las ropas desgarradas y parte del cuerpo al aire... Bueno, la derribaron sobre la cuneta. Ella se defendió como pudo, rodando por el talud. La siguieron, y una vez abajo, uno de ellos, le saltó encima.

El doctor Paine escuchaba aparentemente distraído, contemplando un punto indeterminado del techo.

Max añadió:

—Jean tuvo la fortuna de encontrar una piedra de buen tamaño bajo sus manos. La levantó y golpeó ciegamente al hombre en la cabeza... Estaba enloquecida y no se detuvo al primer golpe, sino que siguió machacando hasta perder las fuerzas y el conocimiento.

—¿Y el otro?

—Llegó demasiado tarde. Cuando vio los sesos de su compañero esparcidos por la hierba, se asustó y salió zumbando. Bueno, unos patrulleros de la policía de carreteras vieron el coche accidentado y buscaron por los alrededores. Así encontraron a la muchacha, todavía agarrada a la piedra, con el cadáver sobre ella y empapada de sangre de arriba abajo.

—¿Y después, Max?

—El caso no habría pasado de un suceso vulgar. Pero el muerto resultó ser hijo del senador Tompkins y éste armó un escándalo. Exigía

casi la cabeza de la muchacha y el fiscal del distrito decidió afianzar su próxima reelección crucificando a Jean. No me gustó la cosa y... Bien, digamos que me jugué el empleo, pero conseguí que resplandeciera la verdad. Localicé al acompañante de aquel bastardo y obtuve una declaración pública de lo sucedido. Sin embargo, Jean Myers estuvo seis meses internada en un sanatorio mental a raíz de todo aquello.

—Lo sé... y no me mintió. Su versión es exactamente la misma que la tuya, Max.

—Muy bien, eso es agua pasada. Lo que está por pasar aún es lo actual, este asunto de ahora. ¿Cómo sugieres que enfoque el asunto?

—Legalmente, escapa a mis conocimientos. Ignoro si se puede acusar a una persona de un crimen que ella cree que ha cometido... en una pesadilla. A menos, naturalmente, que se encuentre el cadáver.

—¿Te ha contado algo al respecto que yo ignore, algún detalle que no saliera a la luz en su apartamento, cuando explicó la historia por primera vez?

—Sólo la manera cómo le hirió. Dice que la primera cuchillada le hizo saltar sobre el lecho. La segunda le desgarró las manos y la cara, porque él intentaba protegerse... y acabó hundiéndole el cuchillo en la garganta, donde lo abandonó.

—¿No te parece raro que él pudiera saltar después de una puñalada en el pecho?

—Pudo haber sido una reacción refleja. Lo que me sorprende un tanto es otra cosa.

—¿Qué?

—Ella asegura que el hombre respiraba de una manera extraña... violenta casi, según su descripción. También recuerda un olor como nunca antes había experimentado. Esos dos puntos son los que aún no he logrado aclarar. Por lo general, en esta clase de pesadillas no quedan recuerdos de olfato. La mente almacena imágenes, como la cinta de una cámara cinematográfica, pero no olores.

—¿Y...?

—Eso me hace pensar que realmente ella estuvo en ese lugar. El olor debió existir. Quizá fue el de una habitación sucia, sin ventilar durante mucho tiempo...

Max dio un respiro.

—¡Marihuana! —exclamó—. ¡El hedor de marihuana! ¿Pudo ser eso?

—Bueno... sí, pudiera ser. Pero, ¿por qué marihuana?

—Tal vez alguien la drogó.

—Lo dudo, y menos con marihuana. Para llegar a ese extremo de delirio, hubiera debido consumir varios «petardos». Ella recordaría haberlos fumado en este caso.

—¿Puedo hablar con ella, Henry?

—Por supuesto. Está en el jardín ahora.

Max encontró a la muchacha sentada en un sombreado paraje del jardín de la clínica.

Sin maquillaje alguno, se le antojó todavía más bella.

—¿Cómo se siente, Jean?

—Igual que si me hubieran estrujado por dentro...

—¿No la han tratado bien? Si es así dígamelo y le prenderé fuego a esta choza.

—Oh, no. El doctor ha sido muy bueno y paciente conmigo, aunque no haya querido decirme cuáles son sus conclusiones. Siéntese, teniente, aquí, junto a mí.

Shawn se quitó el sombrero y tras sentarse, dijo:

—Me gustaría hacerle un par de preguntas.

—Adelante.

—Es respecto a la extraña habitación roja... ¿Realmente, no recuerda nada más de ella que su color?

—Era un dormitorio. Las paredes eran rojas, igual que los cortinajes... y que la colcha.

—¿Grande o pequeño?

—Más bien pequeño.

—Bueno, pienso que la gente no suele recargar con cortinajes una habitación pequeña... ¿No lo cree usted así?

—Allí los había... incluso a los lados de la cama. Era una cama grande, como esas antiguas, de dosel.

—No me parece que eso tenga mucho sentido...

—Teniente...

El la miró. Los grandes ojos azules estaban repletos de angustiosos interrogantes.

La voz de la muchacha tembló cuando dijo:

—¿Cree que ocurrió realmente, que yo... que...?

—Mientras no se demuestre lo contrario, debe pensar que todo es fruto de un mal sueño.

—Pero, ¿y el cuchillo, y la llave, y la rosa...? Eso es real, estuvieron en mis manos... —Sólo se me ocurre que alguien pretende complicarla en algo siniestro. El cuchillo lo envió alguien por el mensajero. A propósito, tengo a varios hombres buscándolo.

—¿Al mensajero?

—Sí.

—Era un muchacho muy joven... casi un chiquillo.

—Lo sé.

—Pero, ¿por qué quieren complicarme en una cosa tan horrible, teniente?

—Ahí me ha pillado, chiquilla. No lo sé aún. En eso quizá usted pueda ayudar un poco. Ella movió la cabeza con desaliento.

—No se me ocurre nadie... estuve intentando pensar, pero sólo encuentro el vacío a mi alrededor.

Shawn gruñó entre dientes. Encendió un cigarrillo y echándose hacia atrás, comentó: —Es un lugar agradable éste... Ojalá pudiera quedarme un par de semanas aquí, sin pensar en nada, vegetando. Quizá sea que estoy haciéndome viejo.

—¿Usted?

—No vaya a reírse ahora de un pobre polizonte.

—Usted no es viejo.

—No tanto como Matusalén, pongamos por ejemplo.

Ella sonrió,

—Su esposa debe estar orgullosa de usted. Es el mejor hombre de cuantos he conocido en mi vida.

—Tal vez lo —estuviera si tuviera esposa —rió Shawn—, aunque lo dudo.

—¿No está casado?

—Lo estuve, pero no resultó. No la culpo a ella de todos modos. Le aseguro que no es ninguna ganga ser la esposa de un policía.

—Ya entiendo. Lo mío tampoco tuvo éxito.

Él se enderezó en el asiento.

—¿Quiere decir que se casó?

Ella cabeceó.

—Hace casi dos años. Duró menos de seis meses.

—Lo siento.

—Oh, no vaya a llorar por eso. De mi matrimonio, lo mejor fue el divorcio.

Max la contempló de un modo distinto. De pronto se le antojó que ella ya no era la chiquilla desvalida que se había empeñado en recordar, sino una mujer de extraordinaria belleza y de cuya vida apenas conocía nada.

—¿Cómo se llamaba, Jean?

—¿El?

—Sí.

—Walter Harris. ¿Por qué lo pregunta?

Encogiéndose de hombros, Shawn evitó la respuesta.

Sólo dijo:

—Cuando tenga más tiempo me gustará saber más cosas de usted, linda.

—Regresaré a casa esta tarde. Venga a verme allí siempre que lo desee, teniente.

—Lo haré.

Tras una pausa, Jean murmuró:

—¿Y de... de toda esta horrible pesadilla...?

—Mi consejo es que trate de olvidarla por el momento. Sabremos algo concreto cuando podamos interrogar al mensajero. Hasta entonces, piense sólo en cosas agradables.

—Pensaré en usted —exclamó la muchacha.

—Si yo tuviera diez años menos, eso me preocuparía.

Se levantó y estrechó la mano de ella entre las suyas, grandes y duras.

Pero Jean estiró el cuello y le besó fugazmente.

—Gracias por todo, teniente. Y no olvide visitarme... pronto.

Se fue aturdido. Cada vez que ella le besaba sentía una confusión desconocida hasta entonces.

Se maldijo por dejarse arrastrar por absurdas ideas que no tenían justificación en un hombre como él, experimentado, rudo y solitario.

Pero no era fácil sustraerse al embrujo de aquella boca fresca y ardiente a un tiempo...

Capítulo IV

MAX llegó a su despacho cuando la noche sumía la ciudad en las sombras del misterio. No esperaba que su jefe estuviera aún allí, pero vio luz en su oficina y entró.

El capitán Hogan se disponía a marcharse a casa y estaba ya con el sombrero en la mano.

—Y bien, ¿encontró algún cadáver acuchillado, teniente?

—Tres, señor. Estuve en la Morgue, pero todos ellos fueron apuñalados en riña, con testigos. Ninguno fue encontrado en una habitación roja.

—Ya...

—Pero hemos localizado al mensajero, señor.

Hogan enarcó las cejas.

—¿Ha declarado algo interesante?

—El no, pero el encargado de la agencia recuerda que el paquete para Jean Myers le fue entregado por un hombre viejo, desarrapado y que apestaba a whisky. Su impresión es de qué se trataba de un vagabundo.

—¿Y dónde nos lleva eso, según usted?

Max soltó un bufido.

—No lo sé, francamente. Todo este embrollo no tiene pies ni cabeza.

—¿Cómo está la muchacha?

—Supongo que bien. Esta tarde ha regresado a su domicilio.

Hogan pareció muy interesado por el sombrío panorama que se divisaba desde la ventana. Con voz neutra, indagó:

—¿Qué impresión sacó de ella ese médico amigo suyo?

—No muy buena, ésta es la verdad.

—¿Por qué, cree que la chica miente?

—Al contrario, señor. El opina que Jean Myers mató realmente a ese individuo de su sueño.

El capitán se volvió en redondo.

—Shawn, eso sería muy malo para ella... y para usted, ¿no cree?

—Ya lo he pensado. Habría mucha gente que creería que defendí a esa mujer hasta el límite de mis recursos, sabiendo que era culpable... y que ahora ha vuelto a matar gracias a mi ayuda...

—Poco más o menos. El fiscal perdió las elecciones debido en buena parte al fracaso que usted le estampó en las narices. Actualmente es un abogado cotizado, Shawn, y no le habrá perdonado.

—No me preocupa ese tipo, sino Jean.

Hogan se encogió de hombros.

—Por lo visto, teniente, le gusta jugarse el tipo de vez en cuando... Adelante.

Max sonrió y fue a encerrarse en su despacho.

Metódicamente, pasó revista mentalmente a cuanto sabía de Jean Myers y su misterio. Detalle por detalle reflexionó sobre todo lo que conocía y las posibles implicaciones que podía tener con el pasado.

No llegó a ninguna conclusión válida o concreta. Luego, cuando estaba considerando la idea de olvidarlo todo por esa noche y largarse a un cine, alguien llamó a la puerta y uno de sus agentes asomó la cabeza.

—¿Puedo hablar con usted un minuto, teniente?

—Seguro, Sokolsky.

—Gracias.

El detective entró y acercando una silla a la mesa, se dejó caer en ella con gesto cansado.

—Se trata de la declaración del encargado de la agencia de mensajeros, teniente... de lo que él nos dijo.

—¿Y...?

—Estuve pensando sobre todo ello. Bueno... no encontré nada sospechoso, desde luego. Pero cuando he visto el teletipo hace unos minutos, se me ha ocurrido que quizá tengamos algo ahora.

Max se enderezó vivamente.

—¿Qué hay en el teletipo?

—Uno de esos partes rutinarios... Un hombre fue atropellado ayer noche en Canal Road. El coche se dio a la fuga, como de costumbre. El hombre atropellado era viejo y vestía ropas viejas, como un vagabundo. Tenía cabellos blancos y espesos y llevaba barba de varios días. Eso concuerda con la descripción del individuo de la mensajería.

Shawn suspiró.

—Iremos a dar un vistazo. Océpese de que traigan a ese encargado para que trate de identificar a la víctima del atropello.

Sokolsky asintió y se fue apresuradamente.

Shawn encendió otro cigarrillo y minutos después, él también abandonaba su oficina sin saber a ciencia cierta cuándo volvería a ella... o a su apartamento, donde le esperaba su gran cama solitaria.

La vorágine sombría de la muerte.

El torbellino negro de la demencia girando y girando sin cesar.

Eso era, ni más ni menos.

La turbamulta de una pesadilla que no podía ocurrírsele más que a un loco.

A una loca en este caso.

Porque ella estaba allí de nuevo, sumida en una suerte de duermevela en la que, sin embargo, las sensaciones se agudizaban y su mente adquiría una sorprendente claridad.

Pero era sólo una claridad para el mal.

Porque otra vez sostenía un cuchillo en la mano y otra vez quería matar. Sabía ahora que en esa especie de película lenta en que estaba sumergida podía verse y «sentirse» a un tiempo.

Y ansiaba ver gotear la sangre... Casi lo necesitaba, porque de un modo vago, sabía que la pesadilla no terminaría hasta que la sangre goteara, saltara quizá como un torrente, tiñéndolo todo de rojo.

Era una experiencia sorprendente, casi placentera. Le hubiera gustado saber cómo había llegado hasta ese lugar desconocido. A esa biblioteca rebotante de volúmenes en la que sólo penetraba la claridad de la luna, que atravesaba unos finos cortinajes que cubrían un enorme ventanal.

Apenas veía, pero sabía cuáles debían ser sus pasos para no tropezar.

Había una mesita y dos sillones de orejas, simples formas oscuras y que sin embargo, tenían algo de familiar para ella.

Más allá, una gran lámpara de pie apagada, y una mesita de fumador al lado, una mancha más oscura que el resto.

Junto a esa mesita había otro sillón de alto respaldo.

Cuando ella se detuvo detrás del sillón, distinguió la parte superior de una cabeza calva. La cabeza de alguien que estaba plácidamente sentado en el sillón.

No quería verle la cara.

De pronto se sorprendió al sentir una incomprensible repugnancia a mirar el rostro del hombre que iba a morir, del hombre que ella iba a matar.

Pero allí estaba su cabeza calva... una calva brillante, como una bola de billar.

Se deslizó de costado, silenciosa, hasta llegar al borde del sillón. De haber puesto interés en ello, habría pedido distinguir quizá el perfil del hombre...

Todo lo que hizo fue voltear el brazo armado y hundir el cuchillo en la masa dura de su pecho.

El cuerpo del hombre sentado en el sillón pareció enderezarse un instante. Luego, se venció hacia delante y ella no pudo sostener el peso y

abandonó el cuchillo, retrocediendo apresuradamente.

Se quedó agazapada a unos pasos de distancia. Oyó el golpe sordo del cuerpo al caer sobre la alfombra y esperó cual si deseara oír los estertores de su víctima.

No oyó nada.

Las paredes repletas de libros parecieron girar un instante a su alrededor, eso fue todo.

Después, siguió viendo la escena, «viéndose» a sí misma en ese escenario de muerte, como si estuviera contemplando una película con una protagonista que fuera idéntica a ella.

Tras esto, buscó la puerta por donde había entrado y se fue, caminando con cautela.

Sólo cuando hubo abandonado la casa y se encontró envuelta en las sombras del jardín, advirtió el peso del bolso —en su brazo.

Resultaba curioso que hasta entonces no se hubiera dado cuenta de que lo llevaba.

Como otra sombra de las muchas que poblaban el jardín, ella se hundió en la oscuridad, como si quisiera escapar de aquel mundo de pesadilla en que vivía...

* * *

El encargado de la mensajería, cabeceó.

—Ese es el hombre, sí, señor —dijo.

El cadáver del anciano con aspecto de vagabundo reposaba en una camilla metálica de la cámara frigorífica. Tenía unos profundos arañazos en la frente y su piel arrugada, era tan blanca como la harina.

Shawn gruñó:

—¿Está seguro?

—Claro... Es el mismo. Lo recuerdo muy bien. Depositó el paquetito con cuidado sobre el mostrador, preguntó cuánto costaba enviarlo y pagó sin chistar.

Max rechinó los dientes.

—Esto es todo, amigo, gracias por su colaboración. Deténgase arriba, en la oficina y firme el impreso que le presentarán.

—De acuerdo.

El hombre se fue.

El encargado del depósito de cadáveres empujó la camilla deslizante, haciéndola desaparecer en el interior de la cámara, y comentó:

—¿Satisfecho, teniente?

—No.

—Bueno, si nos necesita aquí nos encontrará a mis «clientes» y a mí,

sólo para servirle... El sarcasmo se quedó flotando en el aire, cuando el teniente Shawn se largó a grandes zancadas, seguido del detective Sokolsky.

Este respiró a pleno pulmón cuando llegaron a la calle:

—¡Maldita sea! —gruñó—. Esa peste a formaldehído me pone enfermo... ¿Qué hacemos ahora, teniente?

—Quiero que traten de localizar posibles testigos del atropello... No importa lo que cueste. Que los busquen. Necesito averiguar qué tipo de coche fue el que mató a ese viejo.

—¿Cree usted que no se trató de un accidente?

—Maldito si lo sé. Océpese de que localicen a alguien que lo haya visto.

—De acuerdo.

—Otra cosa... Tome nota de un nombre, Sokolsky.

—¿Qué nombre?

—Walter Harris. Quiero que vea en los archivos si hay algo sobre él. Si es así, lleve el *dossier* a mi oficina. En caso contrario, usted, personalmente, dedicará todo su tiempo a encontrarlo.

—¿Es que no regresa conmigo, teniente?

—No. Tome usted un taxi, porque yo me llevaré el coche. Y dese prisa en todo esto.

—De acuerdo, señor.

Max Shawn condujo entre el escaso tráfico de esa hora de la noche hacia el edificio Blue Star. Había un espacio libre frente mismo de la entrada, delante de una boca de incendios. Metió el coche allí y acercándose a la puerta, buscó el nombre de Jean Myers en el casillero y oprimió el timbre repetidamente.

No ocurrió nada. La puerta siguió cerrada, sin que el mecanismo electrónico la abriera. Volvió a llamar, impaciente, hasta que hubo de convencerse de que la muchacha estaba ausente.

Cañudo, Shawn regresó al coche y encendió un cigarrillo, tratando de pensar en el lugar donde podría estar la muchacha, en esa primera noche que pasaba después de su sesión con el doctor Paine...

Disgustado, puso el motor en marcha y apartó el coche de la acera, tan absorto en sus embrollados pensamientos que olvidó encender las luces.

Al llegar a la esquina, una mujer la dobló, caminando por la acera.

Shawn dio un respingo y volvió la cabeza, porque aquella exquisita figura femenina se parecía mucho a Jean Myers.

Estaba tan distraído tratando de identificarla, que por pulgadas no se estrelló contra un auto que salió de aquella calle lateral en una brusca acelerada.

Giró el volante furiosamente y esquivó la embestida. El otro

describió también una zigzagueante maniobra y acelerando, se alejó. Max estuvo seguro de que el conductor estaría acordándose de todos sus antepasados.

Arrimó el coche al bordillo, apagó el motor y saltó a la acera, todavía impresionado por el accidente que estuvo a punto de provocar.

La mujer que viera se había detenido ante la puerta del edificio de apartamentos.

Casi corriendo, Max se dirigió hacia ella. Sin ninguna duda, era Jean Myers.

La vio desaparecer antes de que pudiera alcanzarla y cuando llegó ante la puerta, ésta se había cerrado otra vez y él se quedó mascullando juramentos entre dientes,

Luego, apretó el timbre, esperando que ella llegase arriba y accionara el pulsador que abría el portal.

Capítulo V

LA muchacha parecía un poco aturdida cuando le recibió en su amplio apartamento. —No sabía quién llamaba... ¿Cómo está, teniente? —balbució.

El cerró la puerta y gruñó:

—Estuve llamando antes... ¿Dónde estuvo hasta estas horas?

—No sé... salí a dar un paseo. Estaba nerviosa. Aún lo estoy.

—Eso se nota con sólo verla.

De pronto, Max se puso rígido. Sintió un vivo escalofrío recorrerle el cuerpo de arriba abajo y murmuró:

—Donde sea que ha estado, se ha manchado usted la manga, Jean.

Ella bajó la mirada, primero hacia su manga izquierda. Después a la derecha.

Junto al puño de la manga había una leve mancha oscura.

—No comprendo cómo... —se interrumpió y sus ojos se desorbitaron

—. ¿Cree usted que es...?

Shawn rezongó:

—Vamos, termine.

—¿Sangre...?

El agarró su mano y examinó la mancha de cerca.

—Es sangre, sin ninguna duda.

Poco a poco, ella levantó la mirada. Sus grandes ojos azules parecían dos sirrias sin fondo, en las que se agitaba el terror y la angustia.

—¡Teniente! —jadeó.

—¿Dónde estuvo, Jean?

—No sé... Creo que sufrí... otra pesadilla.

—¿Soñó despierta esta vez?

—No, yo... No puedo recordar.

De un zarpazo, Shawn atrapó el bolso de la muchacha y lo abrió.

Se quedó muy quieto, mirando el interior. Después, sacó de él una oscura rosa roja de pétalos como terciopelo.

—¿Dónde la ha conseguido usted, Jean? —barbotó.

Vio desorbitarse aquellos ojos aterrorizados. Literalmente contempló cómo el bellísimo rostro de la muchacha se descomponía ante su mirada de halcón.

—¡Santo cielo... otra rosa...! —jadeó Jean.

—Estaba en su bolso. Debe haberla conseguido en un jardín, porque el tallo no ha sido cortado, sino roto. ¿Dónde, Jean?

Ahora, la voz del policía era dura, seca, impaciente.

Ella sacudió la cabeza.

—No sabía que estuviera ahí esa flor... ¡Por Dios, debe creerme...!

—Sin embargo, la rosa estaba en su bolso. ¿Cómo ha llegado hasta él? ¡Tiene que recordar!

—Es imposible... no me he separado del bolso, que yo sepa.

Max suspiró.

—Si tuviera el tallo cortado limpiamente podría haber sido comprada en cualquier floristería, pero tal como está, parece que haya sido arrancada del rosal... ¡Maldita sea! Haga un esfuerzo, recuerde dónde estuvo esta noche... qué hizo, a quién vio, si habló con alguna persona...

—No puedo...

De pronto, las lágrimas inundaron sus ojos. Se dejó caer sobre el diván y cubriéndose la cara con las manos, estalló en sollozos.

Max Shawn contuvo su impaciencia y acercándose al teléfono, disco el número de su oficina.

Una voz brusca indagó quién llamaba.

—Habla el teniente Shawn —gruñó—. ¿Está Sokolsky ahí?

—Un momento, teniente...

Instantes después, la voz del detective surgió por el auricular. Max dijo:

—¿Hizo lo que le indiqué?

—Por supuesto... Dos de los compañeros se ocupan de los posibles testigos del accidente.

—¿Y en cuanto a lo otro?

—¿Walter Harris? Tenemos algo, señor, aunque nada importante.

—Por poco que sea, es mejor que nada. ¿Sabe sus señas?

—Consta una dirección en su ficha, aunque ésta data de cinco años atrás.

—La veré cuando llegue ahí. Entretanto, intente verificar esas señas.

—Muy bien, teniente. Otra cosa... hay aquí varias notificaciones de llamadas para usted.

—¿De quién?

—Un tal Malloy, señor.

—¿Rob Malloy?

—Así es, teniente.

—Gracias.

Colgó, impaciente.

Después, marcó el número de Malloy y esperó, aunque nadie respondió al teléfono. Comenzó a preocuparse, porque a esas horas de la noche, o el muchacho o su madre debían estar en su domicilio.

Insistió otra vez, aunque con el mismo resultado negativo.

Cuando colgó, volviéndose hacia la muchacha, la vio recostada en el diván, mirándole con una mirada vidriosa, perdida.

—¿Jean?

Ella se estremeció.

—Usted... usted es tan paciente conmigo...

—Si no me ayuda no podré serlo mucho más tiempo, muchacha.

—No puedo... le juro que estoy aturdida... es como un mal sueño.

—¿Un sueño semejante al primero, con una habitación roja y todo lo demás?

Ella sacudió la cabeza.

—No... Era una biblioteca o algo así... había libros en las paredes, y un hombre calvo sentado en un sillón...

Shawn contuvo el aliento.

—¿Y qué hizo usted?

—Matarlo... Me veo otra vez con un cuchillo en la mano... no sé... es confuso... pero sé que se lo clavé en el pecho. Luego hube de soltarlo...

—Es para volverse loco —farfulló Max, entre dientes—. ¿No sabe en qué lugar sucedió eso?

—No...

—Pero recuerda una biblioteca.

—Sí, eso sí. Estaba muy oscuro, pero había estanterías con libros, y varios sillones de orejas, antiguos... como los de tío Alfred...

El teniente casi dio un salto.

—¿Tío Alfred?

—Es mi tío... aunque hace muchísimo tiempo que no le veo. Todos sus muebles son antiguos...

—¿Puede decirme dónde vive?

—En Palm Canyon, dos, siete cinco. Yo viví allí hace muchos años, hasta que decidí que la atmósfera de aquella casa me oprimía. Entonces comenzaba a tener éxito como dibujante, ¿sabe? De modo que pude independizarme...

—Voy a llamar al doctor Paine, Jean, para que se quede con usted esta noche.

Ella levantó la cara.

—¿Por qué no se queda usted, Shawn? Su presencia a mi lado es como un bálsamo... me siento segura con usted...

—Ojalá pudiera, pero no es posible.

Volvió a descolgar el teléfono y esta vez habló rápidamente con el psiquiatra. Después, encendió un cigarrillo y gruñó:

—Volvamos a esa rosa, Jean.

Ella sacudió obstinadamente la cabeza.

—Ya le dije que no recuerdo nada... no sé cómo fue a parar a mi bolso.

—Es idéntica a la otra. ¿Se da cuenta?

—Sí...

—Del mismo género y color. Presumo que ha sido arrancada del mismo rosal.

La muchacha no replicó. Parecía aturdida, con la mirada vacía, rehuendo los ojos inquisitivos del policía.

Este suspiró, impaciente.

De pronto le espetó:

—¿Qué clase de relaciones mantiene usted con su tío, Jean?

—¿Con tío Alfred? Bueno... estamos distanciados. No congeniamos en absoluto. Él no aprueba mi manera de vivir y yo no soporto su aburrida rutina, eso es todo.

—¿Es rico?

Ella se encogió de hombros.

—Ya debería saber usted que mi familia fue siempre rica... aunque eso no me ha preocupado nunca. Gano más dinero del que necesito con mi trabajo y eso me hace independiente, libre, si comprende lo que quiero decir.

Shawn recordó lo que cuatro años antes pudo averiguar de ella y su familia.

Efectivamente, eran gente acaudalada, aunque un tanto extraña.

Esa faceta de sus recuerdos le hizo exclamar:

—Debí pensar antes en su tío... Hace cuatro años se limitó a pagar un buen abogado, pero no se interesó mayormente por usted, a pesar de encontrarse en un buen embrollo.

—El todo lo arregla con dinero, teniente. Huye de las preocupaciones como de la peste. —Comprendo...

El doctor Paine llegó malhumorado. Echó un vistazo a la muchacha y comentó:

—Temía hallarla sumida en otra crisis. ¿Qué ha ocurrido?

—Otra pesadilla... aunque ésta debió vivirla estando despierta, porque ni siquiera se ha acostado esta noche. Quédate con ella y trata de averiguar qué se esconde en su subconsciente. Según dice, otro asesinato.

Paine dio un respingo.

—¿Lo ha confesado? —balbució.

—Sí.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Te lo diré cuándo lo haya hecho.

—Max, esa chica me preocupa mucho. Me ha preocupado desde que la conocí. Es el primer caso con el que tropiezo en mi carrera que no puedo comprender en absoluto. A menos que haya matado realmente.

—Si fuera así, ¿iría acusándose ella misma ante todo el que quisiera escucharla?

—Posiblemente. Una especie de autoacusación de su subconsciente... un deseo latente de pagar el mal, todo ello producido por una disociación absoluta de su mente consciente y del subconsciente.

—Demasiado complicado para mí. Haz lo que puedas por ella y no la dejes sola en ningún momento hasta mi vuelta. ¿De acuerdo?

El doctor Paine asintió. Esperó a que el policía hubiera salido del apartamento, y entonces fue a reunirse, con la muchacha.

Capítulo VI

UNA hora más tarde, Max Shawn frenó el coche ante la impresionante verja que cercaba un sombrío jardín.

Había dado innumerables vueltas y revueltas hasta lograr orientarse por las retorcidas calles, paseos y empinadas cuestas más allá de Beverly Hills.

Palm Canyon era una calle ancha, con pronunciada pendiente, bordeada de residencias ocultas detrás de espesos jardines, bien cuidados setos y altos muros. Fuera ya de lo que constituyera el reino de las estrellas de Hollywood, era un lugar tan distinguido como exclusivo, al que no llegaban las manadas de turistas.

El teniente se apeó y encendió un cigarrillo. Sabía que estaba jugándose mucho más de lo que cualquier otro, policía arriesgaría en semejantes circunstancias, porque se encontraba fuera de su jurisdicción, y si alarmaba a los habitantes de cualquiera de esas residencias se armaría un escándalo... a menos que hubiera realmente un motivo muy justificado...

Tan justificado como un cadáver, por ejemplo.

Al fin se acercó al portón de hierro. Había un timbre en uno de los pilares, y bajo el timbre, la metálica rejilla de un micrófono.

Lo apretó un par de veces y esperó.

Después, empujó el portón. Casi dio un salto atrás al ver que se abría con un ronco chirrido.

Al otro lado apareció un paseo de grava bordeado de copudos árboles oscuros como grandes fantasmas.

Se internó por el paseo sintiendo el chirrido de la grava bajo los pies.

El edificio apareció al fin. Era una residencia grande, de estilo que en la oscuridad no pudo definir. No había una sola luz en toda la casa, y al aproximarse a la puerta de roble, vio que no estaba cerrada.

El miedo empezó a culebrearle por la espina dorsal. Un miedo viscoso, como el contacto de un reptil. Miedo a lo que pudiera encontrar más allá de aquella puerta...

La acabó de abrir y se coló en una vasta estancia sumida en penumbra.

Tanteó en la pared hasta encontrar la llave de la luz.

Vio que era un enorme vestíbulo, con una escalera al fondo, varias

puertas, cuadros de precio en las paredes y algunos muebles, todos de un estilo que ya sólo se veía en los anticuarios.

Escuchó con todos los sentidos alerta, pero la casa estaba tan silenciosa como una tumba.

—¿Hay alguien aquí? —gritó.

Su voz rebotó de un lado a otro hasta perderse definitivamente.

Mascullando entre dientes, Shawn avanzó, abriendo puertas y encendiendo luces, temiendo que cualquiera de ellas correspondiera a una biblioteca como la que Jean había descrito...

La encontró en la tercera que inspeccionó.

Había estanterías con libros, grandes sillones de orejas, mesitas bajas, una lámpara de pie y una mesa de trabajo al fondo, junto a un enorme ventanal velado por finas cortinas.

La alfombra era gruesa y sus pies se hundieron en ella cuando avanzó conteniendo el aliento.

El hombre estaba caído frente a uno de los sillones. Era un hombre calvo, grueso, cuya cara estaba enterrada en la alfombra. En su espalda sobresalía la empuñadura de un cuchillo enterrado hasta la cruz y la sangre había empapado sus ropas, pero no la alfombra, quizá porque el propio cuchillo taponaba en parte la herida.

Tras asegurarse de que el hombre estaba realmente muerto, Max fue a sentarse al otro lado de la mesa. Se quedó unos instantes contemplando el cadáver y reflexionando.

Hubo de reconocer que se hallaba en un buen aprieto. Su obligación ineludible era llamar inmediatamente a la policía de Beverly Hills, dando cuenta del crimen.

Sólo que al hacerlo, se vería obligado a confiarles los motivos por los cuales había acudido a semejantes horas de la noche...

En otras palabras, debería sacar a relucir el nombre de Jean Myers y el resto del misterio, y no estaba muy seguro de que eso fuera lo más acertado...

Fumó un cigarrillo, enfurecido consigo mismo por dejarse arrastrar a semejante situación. Le hubiera gustado saber mucho más de lo que conocía respecto al incomprensible y siniestro misterio que envolvía a Jean Myers.

Al fin aplastó el cigarrillo en un cenicero y descolgó el teléfono, discando el número de su propia oficina.

Preguntó por Sokolsky y cuando lo tuvo al habla, gruñó:

—¿Conseguiste algo nuevo?

—No fue difícil, teniente. Ese fulano, Walter Harris... Figura en la guía telefónica, ¿sabe?

—Vaya...

Estaba sorprendido. Nada era como él creyera desde el principio.

Sokolsky añadió:

—McManus está investigando en torno a ese Harris. Traerá su primer informe por la mañana, aunque temo que el capitán no estará muy satisfecho con todo esto, señor. Siempre gruñe que nos falta gente y...

—Yo me ocuparé de él cuando empiece a lanzar rayos. ¿Sabe si tenemos algún oficial conocido en la policía de Beverly Hills? Si no recuerda ninguno, consúltelo al teniente Foreman. El mantuvo una estrecha cooperación con la policía de Hollywood...

—No es necesario. Hay un sargento ahí. Se llama Waggoner. Estuvimos juntos en la academia. ¿Está usted en algún apuro?

—Poco más o menos. Gracias, Sokolsky.

—¡Un momento! Tengo aquí otra llamada de ese tal Malloy... Parece impaciente por hablar con usted. Dice que le llame al hospital y...

—¿Qué dijo?

—El hospital.

—¿Está él en el hospital?

—Supongo que sí desde el momento en que ha indicado que usted le llame allí... Memorial Hospital.

Max sintió un escalofrío. Todo se acumulaba.

—Está bien, lo haré.

Colgó, para marcar a continuación el número de la policía del distrito.

Cuando obtuvo respuesta, gruñó:

—¿Hay ahí un sargento Waggoner?

—Ciertamente. Un momento, le paso la comunicación.

La nueva voz era aguda y seca. Shawn dijo:

—Soy el teniente Shawn, de Los Angeles. Uno de mis detectives dijo que sería bueno que le llamase a usted. Se llama Sokolsky.

—Lo recuerdo. ¿Qué puedo hacer por usted, teniente?

—Tome nota... Palm Canyon, doscientos setenta y cinco.

—Ya está.

—Ahora, venga usted hacia aquí, pero sin alboroto, por favor. Nada de luminarias, ni reporteros... Ya sabe lo que quiero decir.

La voz se volvió más seca aún.

—¿Qué ocurre en ese lugar, teniente?

—Lo verá cuando llegue aquí. Tengo un hermoso cadáver para usted, pero consideraré como una ofensa personal si los reporteros huelen siquiera este asunto antes de tiempo.

—Comprendo. Voy para allá.

Colgó. Estaba sudando y no sabía si era por la temperatura, los nervios o la ira que le dominaba.

Volvió a marcar otro número, esta vez el del hospital.

Tras no pocas consultas, al fin oyó la voz de Rob Malloy.

—¿Qué pasa, Rob? —se impacientó—. ¿Estás herido?

La voz de su amigo era sorda, bronca, como si le costara contener la emoción.

—Yo no, Max —dijo—. Se trata de mi madre.

—¿Tu madre? No comprendo...

—Me buscaban a mí, Max, pero sólo la encontraron a ella. La golpearon como aviso... Los médicos creen que morirá, Max.

Su voz se ahogó.

Y a Shawn le ahogaba la ira.

—¿Quieres decir con todo esto que los matones de Aisley golpearon a tu madre?

—Sí, no pudo ser nadie más que ellos.

No habló en un buen rato, temiendo que no podría controlarse.

Después barbotó:

—Iré a verte en cuanto pueda, Rob. ¿Has denunciado el ataque?

—¿Para qué? ¿A quién puedo acusar, Max? Tú sabes cómo trabajan esos bastardos.

—¡Presenta la denuncia, maldita sea! Después yo me ocuparé de Aisley y sus matones. ¡Pero tienes que denunciar el asalto!

—De acuerdo. Estuve buscándote toda la noche.

—Estoy metido en un embrollo de todos los diablos.

Te veré en cuanto pueda, muchacho. Y no pierdas la cabeza.

—De acuerdo.

Colgó. Ahora estaba seguro que el sentimiento que le zarandeaba era la cólera. Una cólera sorda, mortal, que alguien debería pagar.

Conocía a la anciana desde que vestía pantalón corto. No pocas veces ella le había preparado la merienda, acogiéndole en su casa cuando se sentía terriblemente solo en un hogar roto, en el peor barrio de la ciudad.

Aisley habría de pagar esa cuenta, no importaba por qué medio lo lograra.

Oyó la llegada del coche mientras aún estaba bajo los embates de la furia.

Poco después, el sargento Waggoner apareció.

Era un hombre macizo, sólido como una roca, de ojos inteligentes y agudos que se clavaron en el teniente llenos de interrogantes.

—Ahí tiene a su cliente, sargento —dijo Max cuando le hubo estrechado la mano.

Waggoner dirigió una mirada casi indiferente al cadáver y gruñó:

—El fiambre esperará todo el tiempo que sea necesario. Estoy más intrigado por su presencia aquí, teniente, justamente en unos momentos

tan oportunos.

—Eso se relaciona con otro caso. Y justamente es lo que me ha hecho titubear antes de llamarle.

—Temo que no le comprendo.

—Necesito un par de días, sargento. Dos días sin verme obligado a declarar las razones por las que estoy aquí esta noche.

Waggoner arrugó el ceño.

—Me parece que no va a gustarme, teniente.

—No se trata de que le guste o no. A mí tampoco me gusta, pero ando metido hasta las cejas en un caso increíble y cualquier precipitación estoy seguro que lo estropearía todo.

—¿Y dentro de esos dos días?

—Usted lo sabrá todo. Hasta entonces, le ruego que maneje este caso de asesinato como otro cualquiera.

Un denunciante anónimo le llamó o algo así... ¿Entiende?

—Demasiado.

—¿Puedo contar con su colaboración?

El sargento se encogió de hombros.

—De acuerdo. Dos días. Hasta entonces daré unos cuantos palos de ciego en este caso... a menos que me Jo quiten de las manos.

—Correré ese riesgo.

—Me temo que quien está arriesgándose soy yo, teniente. Y ahora, si desaparece de aquí, empezaré a trabajar rutinariamente.

Shawn sonrió y estrechó cordialmente la mano del sargento Waggoner.

Minutos más tarde pilotaba el coche de regreso a Los Angeles.

Capítulo VII

AISLEY abrió la puerta, soñoliento, y no pudo ocultar una mueca de disgusto al reconocer al teniente.

—¡Maldita sea! ¿Sabe la hora que es, polizante?

Max disparó el puño derecho de abajo arriba. Fue un golpe salvaje, medido, que llevaba detrás todo el empuje de su recia humanidad.

El puño estalló en la cara del rufián como una bomba, y Aisley se elevó en el aire, manoteando, para aterrizar en mitad del lujoso vestíbulo.

Shawn entró y cerró la puerta, mientras Ben Aisley, semiinconsciente, se quejaba de brueses en la alfombra.

Empezó a levantarse apoyándose de manos en el suelo.

Max lanzó el pie y la suela del zapato golpeó a su víctima en un lado de la cabeza.

Con un aullido, Aisley se quedó quieto. Estaba vestido con un ligero pijama floreado, muy propio de un fatuo como él.

Le dejó allí y se internó por el apartamento. Cinco minutos más tarde encontró lo que buscaba.

Un revólver, oculto en un cajón del armario ropero.

Con el 38 en la mano regresó al lado del rufián.

—Vamos, Aisley, arriba... ¿O necesitas que te ayude?

Le agarró por los cabellos y tiró brutalmente, levantándole en vilo.

El tahúr lanzó un quejido y trató de debatirse. Todo lo que consiguió con sus esfuerzos fue perder un puñado de sus escasos cabellos.

—Siéntate ahí, donde pueda verte. Tú y yo vamos a hablar largo y tendido.

—¡Hablar! —barbotó Aisley, pálido de ira—. ¡Voy a hacer algo más con usted, polizante! Haré que le echen a puntapiés y...

—Siéntate o te atizo con tu propio revólver.

—Tengo licencia en regla, de modo que no puede acusarme de posesión ilegal de armas.

—Estoy seguro de que la tienes, aunque me gustaría saber quién fue el estúpido que te la concedió.

Aisley se acariciaba la cara, donde primero el puño y luego el zapato habían dejado palpables huellas de su paso. Especialmente el zapato,

que había arrancado un buen trozo de piel que goteaba sangre.

—Mis abogados le harán pedazos por esto, Shawn —gruñó, dirigiéndose al teléfono.

Max dijo:

—Las paredes de estos edificios de lujo están construidas a prueba de ruidos, insonorizadas... Una gran cosa, Aisley.

Levantó el revólver y disparó. El estampido pareció reventar hasta los muros y la bala fue a enterrarse a un lado del arco de entrada.

Petrificado, Aisley se quedó rígido, con la mano tendida hacia el teléfono.

Con una salvaje sonrisa, Shawn explicó:

—Este es tu revólver, Aisley. Acabas de disparar contra mí... contra un teniente de policía en acto de servicio... ¿Tienes idea de lo que esto va a costarte?

El tahúr sacudió la cabeza, aturdido y asustado.

—¡Maldito! —jadeó—. ¿Eso es lo que va a achacarme?

—Puedo hacer mucho más que eso. Por ejemplo, meterte una bala en la barriga con mi 45, y alegar después que fue en defensa propia. Te juro que nadie mandará flores a tu funeral.

Eso le dolió quizá más que los golpes. Poco a poco se apartó del teléfono y fue a derrumbarse en una butaca.

—Shawn —dijo con voz chirriante—. No importa lo que haga, algún día le mataré.

—No podrás, porque antes te habré llenado de plomo. Quizá esta misma noche.

—Pero, ¿por qué, maldito sea usted?

—Malloy. Te advertí.

—No sé de qué me habla.

Max se aproximó a él sin prisas, blandiendo el 38 en la mano descuidadamente.

—Mandaste a tus matones para que le dieran un repaso al muchacho.

—Yo no hice nada de eso.

Volteó la mano y el punto de mira del revólver se abrió paso por la cara del pistolero dejando un profundo surco sangriento.

—Tú les mandaste —repitió Max, impertérrito—. Sólo que esos gorilas no encontraron al muchacho y le dieron una paliza a su madre, a una anciana indefensa, sólo para que le sirviera de escarmiento y supiera lo que le iba a ocurrir a él.

Aisley sacudió la cabeza de un lado a otro, mientras intentaba contener la sangre que brotaba del corte en su mejilla.

—Quiero sus nombres, bastardo —prosiguió Max, sin alterar el tono letal de su voz—. Los nombres de los que golpearon a la vieja. ¿Sabes

que esa anciana suplió a mi madre cuando yo era un chiquillo? Los nombres, Aisley, antes que te haga pedazos.

—¡No diré una sola palabra sin llamar antes a mis abogados!

—¡Qué cosas!

Shawn levantó el revólver. El rufián no pudo contener un grito de pánico y se arrojó fuera del sillón, rodando por la alfombra.

—Te haré trizas, Aisley. Necesitarás los servicios de la cirugía estética para reconocerte cuando yo termine contigo.

—¡Usted es un policía, no puede hacer eso!

—Ya lo sé, pero no obstante voy a hacerlo. Aunque me cueste la renuncia, ¿comprendes?

Aisley se sentó en el suelo.

—Malloy me debe dos mil dólares. Los perdió jugando faro.

—En una partida amañada, por supuesto.

—¡Le juro que no! Yo juego limpio...

—Tan limpio como un estercolero. Te advertí, y ahora vas a darme los nombres de los gorilas que hicieron el trabajo.

—¡No, maldito sea usted!

De nuevo, el 38 retumbó entre las paredes y la bala se enterró a pocas pulgadas de la primera.

—Dos veces —dijo Shawn—. Has disparado dos veces contra un oficial de policía en funciones. No vas a tener tiempo de lamentarlo, chacal.

Se acercó al teléfono y tras la llamada a su despacho, habló con un detective y dijo: —Aquí el teniente Shawn. Acabo de detener a Benson Aisley por intento de asesinarme. Envíe un patrullero cuanto antes al edificio Blue Star...

Siguió hablando pausadamente, mientras Aisley creía estar soñando. Aquello no podía ocurrirle a él, al todopoderoso dueño de las apuestas en la ciudad.

El teniente terminó:

—Cuando lo lleven ahí, quiero que quede incomunicado hasta nueva orden. ¿Entendido? Sí, eso es; intento de asesinato. Ha disparado dos veces contra mí con su revólver.

Colgó ante la consternada mirada del pistolero.

Sonrió.

—Me gustará ver cómo te libras de ésta, gran tipo.

—¿Qué pasará si le digo los nombres?

—No lo sé. Ahora es demasiado tarde. De cualquier modo los cazaré incluso sin tu ayuda.

—Fueron Hughes y Spitzer, teniente —murmuró, hundido.

Shawn cabeceó.

—Les ajustaré las cuentas también, bastardo de los demonios.

—Pero yo no supe que habían golpeado a una vieja hasta que ya estuvo hecho... Les dije que le dieran un repaso a Malloy. Lo otro fue cosa de ellos.

—Eso es un detalle marginal. No hiciste caso cuando te advertí por primera vez y ahora vas a pagarlo, eso es todo.

Esperó a los patrulleros y les entregó al prisionero y el revólver, dándoles al mismo tiempo instrucciones concretas.

Aisley se vistió ante *la* mirada vigilante de los agentes y después que éstos comprobaron los impactos de las balas en la pared salieron llevándose al tahúr casi en volandas.

Shawn cerró la puerta del apartamento y subió al de Jean con una angustia desconocida en su interior.

Capítulo VIII

EL doctor Paine susurró:

—Se ha dormido hace un rato, Max.

Este cerró la puerta en silencio.

—¿Cómo se encuentra?

—Maldito si lo sé —confesó el médico—. Me desconcierta. Ha pasado una crisis terrible después de tu marcha, para llegar al final y dormirse como una niña, absolutamente tranquila. Es desconcertante —repitió, perplejo.

—Bueno, cuéntame qué te dijo, los detalles de lo que ocurrió según ella.

—¿No te lo contó a ti?

—Seguro, pero necesito saber más. Especialmente el escenario.

Henry Paine habló durante unos minutos, repitiendo los datos que Shawn ya conocía, aunque agregándoles algunos detalles más que le produjeron frío.

Cuando Paine calló, él dijo:

—Estuvo allí, no cabe duda. Esta vez tenemos un cadáver, Henry.

—¿Qué?

—Un hombre muerto de una cuchillada. Y apostaría que en la empuñadura del cuchillo aparecerán las huellas de esa chica.

Consternado, el médico tardó en recobrar la voz.

—¿A quién ha matado? —balbuceó al fin.

—A un tío suyo. Un individuo sombrío que cuando ella estuvo detenida hace cuatro años se limitó a pagar un abogado, pero se negó a verla. No se ocupó de ella en ningún momento.

—Y ahora lo ha matado. Es terrible.

—¿Tienes alguna explicación que yo pueda entender respecto a lo que le pasa a Jean, Henry?

—Nada concreto. Cuando la hayamos estrujado a fondo creo que aparecerá un desdoblamiento de personalidad, pero hasta que haya tenido tiempo suficiente para un completo análisis no quiero comprometerme en ninguna teoría.

—Escúchame, Henry... Cuando yo la conocí, ella pasó seis meses en un sanatorio mental. ¿Crees que los médicos que la atendieron entonces

podrían ayudarnos ahora?

—Seguramente. En todo ese tiempo pudieron realizar un completo estudio de su mente, de su personalidad psicopática, si es que existe dicha personalidad en esta mujer.

—Lo intentaré —murmuró Max, ceñudo—. Pero ahora déjame decirte que hay mucho más que una personalidad psicopática en este asunto, y no necesito la opinión de ningún médico para estar convencido de esto.

—Concretamente, Max, ¿a qué te refieres?

—Por ejemplo, esas rosas. Aparece una cada vez que ella cree sumergirse en una pesadilla. ¿De dónde proceden las rosas, por qué precisamente rosas de terciopelo y por qué demonios ella se encuentra con una flor en la mano cuando según piensa acaba de cometer un crimen?

—No lo sé, ni creo que exista una explicación lógica para semejante absurdo. Tal vez sea un resquicio determinado de su subconsciente el que añade ese detalle a todo lo demás.

—Henry... Jean no tiene coche. Lo he averiguado.

—¿Y qué?

—Desde aquí hasta Palm Canyon tardé una hora_ en auto. Descuenta quince minutos por mi desconocimiento del terreno y el tiempo que perdí orientándome y tendrás aún cuarenta y cinco minutos en coche. ¿Cómo pudo ir y venir una muchacha bajo los efectos de una especie de trauma, o como quieras llamarlo?

—Hay taxis, Max.

—No en aquellos andurriales. También lo he comprobado. Si fue en taxi debió decirle al chófer que esperase mientras cometía el asesinato. Demasiado retorcido, incluso para una mente que no funciona como es debido.

—De todos modos puedes comprobarlo por medio de las empresas de taxis. Tengo entendido que anotan los recorridos que hacen.

—Seguro, y lo intentaré también, aunque no me cabe en la cabeza.

—Max...

—¿Sí?

—¿Vas a detenerla?

Shawn titubeó.

—No lo sé. Preferiría que estuviera bajo tu cuidado unos días más. Dos, por lo menos. Es todo el tiempo de que dispongo —terminó, recordando al sargento Waggoner.

—Con dos días no obtendré nada concreto en un caso así.

Max le miró recto a los ojos.

—Ya lo imagino —dijo con voz sorda—, pero ella estará segura... y vigilada.

—Comprendo.

Silenciosamente, Max se acercó al dormitorio y dio un vistazo a la muchacha dormida.

De nuevo se sintió invadido por la ternura ante su imagen de inquietante belleza, pero de apariencia desvalida. Una vez más, evocó la idea de una niña perdida en un bosque sombrío y amenazador y deseó poder librarla de sus terrores.

Tras él, Paine murmuró:

—¿Qué te pasa con ella, Max, te enamoraste al fin?

—¿Estás chiflado tú también? Casi puede ser mi hija.

—No exageres. Ni tú eres tan viejo, ni ella tan joven. Por lo que sé, le llevas doce años.

—¿Y te parece poco?

Retrocedió, ceñudo. El médico cerró la puerta del dormitorio y comentó:

—Si yo estuviera en tu lugar, intentaría saber qué experimento por ella, amigo.

—¿No crees que sería mejor averiguar primero lo que ella pueda sentir?

—Eso ya lo sé —sonrió Paine.

—¿Qué?

—Quiero decir que sé lo que siente por ti. Y si no me equivoco está enamorándose de su héroe.

—¡Vete al infierno!

—No grites o la despertarás.

Shawn se fue hacia la puerta, extrañamente agitado.

Henry Paine cambió de tema mientras le seguía.

—Enviaré una de mis enfermeras aquí hasta que ella se levante. Después la llevaré a mi clínica.

—De acuerdo. No le hables del cadáver que hemos encontrado. Eso quiero ser yo quien se lo diga en su momento.

—Muy bien, pero una vez más me parece que te extralimitas, viejo. A la altura al que este asunto ha llegado, no podrás justificar el hecho de no haberla detenido.

—Veremos.

Salió y cerró la puerta.

Amanecía cuando entró en su oficina. Estaba cansado y su humor se hallaba en uno de sus momentos más bajos.

El detective Sokolsky entró tras él.

—Esta es la ficha de Walter Harris, teniente —dijo.

—¿Por qué le ficharon?

—Por estafa. Engatusó a una mujer y se llevó sus ahorros.

—¿Eso es todo lo que hay contra él?

—Eso es todo.

—Escarben, Sokolsky. Averigüen toda su vida desde la cuna si es preciso. Quiero conocerle tan bien como él mismo o mejor cuando vaya a verle, por si fuera necesario apretarle las clavijas.

—Muy bien, teniente. Afortunadamente, ha sido una noche tranquila para el departamento. No sé si se ha dado cuenta de que tenemos a la mayoría de los muchachos trabajando en este asunto.

—Lo sé. Gracias, Sokolsky.

Se dejó caer en su sillón y contempló la fotografía de la ficha correspondiente al ex marido de Jean.

Si bien databa de cinco años atrás, una cara como aquella no cambiaba mucho en tan poco tiempo. Correspondía a un hombre bien parecido, de ojos oscuros, frente amplia y mentón débil. Su boca era bien dibujada y parecía contener un rictus sarcástico.

La apartó de un manotazo. Se reprochó por detestar aquella cara con sólo verla en la fotografía. Eso era para preocuparse.

Vio clarear el día dormitando en su sillón.

Luego, cuando comenzaba a mecerse en un sueño más profundo, unos golpes en la puerta le enderezaron con sobresalto.

—¡Pase! —refunfuñó.

Sokolsky asomó la cabeza. Con sólo ver su expresión, comprendió que tenía algo importante entre manos.

—¿Qué ocurre? —bostezó.

—Me parece que ya saltó el resorte, teniente.

—Sokolsky, a estas horas de la mañana, y sin haber pegado un ojo en toda la noche no me encuentro en uno de mis momentos brillantes precisamente. ¿Le importaría hablar sin rodeos ni metáforas?

Sokolsky sonrió.

—Lo siento, pensé impresionarle. La verdad es que se trata de esa habitación de que me habló...

Eso tuvo la virtud de despertarle de golpe.

—¿Qué hay con eso, alguien la ha localizado?

—Un cuarto con paredes rojas, dosel rojo en la cama, una colcha roja...

—¡Al grano, maldita sea!

—Con un cadáver que apesta sobre la colcha, desde luego.

La cabeza empezó a zumbarle como una dinamo.

—Sokolsky, está jugándose los dientes —masculló—. ¿Dónde han localizado todo esto?

—McManus acaba de llamarme desde la 76. Ese lugar está en esa demarcación.

Shawn ya se encaminaba a la puerta y el detective tuvo que correr para alcanzarle.

—¡Espere un minuto, teniente!

—¿Hay algo más?

—Ese Aisley Está desgañitándose proclamando sus derechos. Quiere un abogado.

—Que se muera.

—Muy bien. ¿Quiere que vaya con usted, señor?

—No. Es mejor que aproveche el tiempo reuniendo la historia completa de Walter Harris. Estuvo casado con Jean Myers y se divorció de ella. Saque a la luz todo lo que pueda.

Sokolsky asintió, viendo desaparecer a su jefe escaleras abajo como si le persiguieran todos los diablos del infierno.

Capítulo IX

LA habitación era igual a como la imaginara después de oír las descripciones de Jean.

Todo era rojo en ella, excepto la sangre seca que tenía un color pardusco, nauseabundo.

Los detectives de la 76 estaban allí desde hacía más de dos horas y se disponían a llevarse el cadáver cuando Shawn llegó acompañado del detective McManus.

—Nos dijeron por teléfono que venía usted, teniente. Soy el sargento Landis —le saludó el que llevaba el mando del grupo.

—No deseo interferir en su trabajo, sólo que este asunto tiene cierta relación con un caso que nosotros tenemos entre manos.

Landis suspiró.

—Tarde o temprano se lo pasarán a ustedes, los de Homicidios, así que no veo por qué perder tiempo. El fulano lleva varios días muerto. Dos o tres por lo menos. Comenzaba a apestar cuando lo encontramos.

—¿Puede decirme también de quién se trata?

—Claro. Se llamaba Lou Fleming. Era un conocido *gigoló* del que teníamos antecedentes. Vivía a costa de las mujeres que se dejaban embaucar por él.

—¿Y este lugar tan raro?

—Una especie de estudio. Una leonera donde solían celebrar sus juergas él y un par más de golfos de su especie. Ha sido uno de ellos el que lo ha encontrado al tratar de utilizar el estudio para una de sus aventuras con cierta rubia.

—Ya veo...

—Tengo para mí que alguna de sus amiguitas se cansó de él, tal vez asqueada de que Fleming la exprimiera sólo para divertirse después con otras y le rebanó el pescuezo.

Max dio un respingo.

—¿Cómo dijo? —balbuceó.

—¿Qué?

—¿Cómo le mataron?

—Le cortaron el cuello, desde luego.

Se contuvo a duras penas.

Sólo dijo, con voz ronca:

—Quisiera echar un vistazo al muerto, sargento.

—Claro, claro...

Se acercaron a la camilla y Landis apartó la manta que cubría el cadáver.

Tenía una horrible cuchillada que casi le había decapitado.

—¿No tiene otras heridas? —balbuceó.

—¿Para qué habrían de herirle otra vez? Con semejante tajo nadie puede dudar de que el tipo muera casi instantáneamente.

La manta se deslizó por un lado y cayó al suelo.

Las ropas del muerto estaban rígidas a causa de la sangre seca. También sus manos tenían manchas, algunas de un tono mucho más claro que el pardo del resto.

Max se inclinó sobre el cuerpo y examinó las manos, intrigado.

Tras él, el sargento dijo:

—También me fijé en ese contraste, teniente. Pedí expresamente al forense que las haga analizar.

—Le agradeceré que me informe del resultado cuanto antes.

McManus siguió a Shawn cuando éste abandonó el estudio. Se le veía soñoliento y cansado.

—¿Qué hacemos ahora, teniente? ¿Tiene idea de quién liquidó realmente a ese tipo?

—Preferiría no tenerla. Váyase a casa, Mac, y acuéstese. Ya presentará su informe por la tarde.

—Gracias, señor. La verdad es que me duermo de pie. Y si me lo permite, le diré que usted está peor que yo.

—Tal vez. Pero en mi caso aún he de volver al despacho.

Se separaron en la acera. La mente de Max Shawn era un auténtico caos.

* * *

Cuando despertó eran más de las dos de la tarde y se sentía aturdido y de un humor pésimo.

Recordó su visita a la oficina y cómo había salido luego de ella caminando como un sonámbulo.

Ni siquiera sabía cómo llegó a su desordenado apartamento de hombre solitario. Al incorporarse ahora en la cama se sorprendió al advertir que ni siquiera se había desvestido para acostarse. Simplemente, había arrojado la chaqueta a un lado y el arnés con su pesada pistola en otro, y tras librarse de los zapatos se había derrumbado encima de la cama.

El teléfono comenzó a sonar mientras preparaba café.

Lo dejó que escandalizara hasta que volvió a quedar mudo.

Su humor descendía a medida que se aclaraba su mente. Ahora ya no podría demorar por más tiempo detener a la muchacha. Y esa sola idea le conturbaba más que cualquier otro caso que hubiera manejado en su vida.

Incluso superaba todo lo concerniente a Aisley y sus matones.

Apuró el café, casi abrasándose el paladar.

De nuevo el teléfono dio fe de vida. Shawn encendió un cigarrillo, y al fin lo descolgó.

—¡Hable! —gruñó.

—Aquí Sokolsky, teniente.

Dio un respingo.

—¿Quiere decir que no se ha acostado aún? —barbotó.

—¡Oh, sí! Me fui detrás de usted esta mañana. Pero acabo de regresar a la oficina y hay aquí algo que usted debe saber. Dejé encargado a Jimmy del asunto Harris.

—¿Y...?

—Realmente, ese individuo se casó con Jean Myers, sólo que nunca se divorció de ella.

Legalmente, sigue siendo su marido.

Se quedó helado, como un pasmarote sosteniendo el auricular pegado a la oreja creyendo que había oído mal.

—¿Está seguro? —masculló.

—El informe no deja lugar a dudas.

—De modo que siguen estando casados.

—Sí.

—He sido un idiota, Sokolsky.

—¿Qué, usted, teniente?

—Es sorprendente lo que les cuesta aprender a algunos tipos... ¿Eso es todo, muchacho?

—De momento, sí.

—Gracias por llamarme.

Colgó y se fue a la ducha. Cuando salió goteando agua y frotándose furiosamente con una toalla, volvió a descolgar el teléfono y después de consultar el número lo marcó.

—¿Está por ahí el sargento Waggoner? —preguntó.

Le dijeron que esperara, y al fin la voz del policía vibró a través del auricular, diciendo: —Habla Waggoner.

—Aquí Shawn.

—¡Oh, hola, teniente! Todavía no ha transcurrido el plazo.

—Lo sé. ¿Cómo marcha la investigación?

—Hasta ahora pura rutina, ya sabe.

—¿Ninguna pista del asesino?

—Ni la más remota, aunque estamos buscando a los posibles parientes. El difunto era un hombre rico y deja mucho dinero, aparte del usufructo de una fortuna que administraba por cuenta de una mujer.

Shawn casi contuvo el aliento.

—¿Qué mujer? —indagó.

—Una sobrina... Jean Myers.

Algo muy duro estaba arañándole el corazón al teniente cuando murmuró:

—¿Por qué dice usted que el difunto administraba esa fortuna?

—Es uno de esos legados extraños de los millonarios. No conozco aún todos los detalles, pero Alfred Weeks era el albacea y debía seguir siéndolo hasta que esa mujer se casara. Tras un año de matrimonio, la herencia debía serle entregada. Y como, además, es la única heredera del propio Weeks, imagino que va a embolsarse un auténtico fortunón. ¿Sigue usted ahí, teniente?

—Seguro. Ese Weeks, ¿vivía solo en semejante caserón?

—No, pero sí estaba solo cuando le mataron. Era el día y la noche libres de la servidumbre. En total, tres mujeres y un hombre que hemos interrogado, aunque no saben una maldita palabra de lo ocurrido.

—¿Eso es todo, sargento?

—Es mucho más de lo que usted ha dado a cambio —rió el sargento Waggoner a través del auricular—. Excepto lo del pétalo de rosa, por supuesto.

—¿Qué?

—Se encontró un pétalo de rosa en la biblioteca. Una cosa absurda, porque no había rosas en toda la casa ni en el jardín. Y menos rosas de esas que llaman de terciopelo. Mis hombres se volvieron locos intentando encontrar rosas en la casa, pero no había ninguna. —Sí que es sorprendente... Gracias, sargento. Tendrá noticias mías cuando se cumpla el plazo que me dio.

—No le atosigo, teniente.

Colgó. Lo que fuera que estaba arañándole el corazón no cabía duda que hacía un buen trabajo.

Se vistió y minutos más tarde rodaba rumbo a su oficina.

Encontró a Sokolsky un tanto nervioso y se lo llevó a su despacho.

—¿Qué le pasa? —gruñó—. Parece que estuvieran rascándole la espalda con alambre de espino.

—Teniente, me gustaría conocer mucho más de lo que estamos haciendo, sólo para poder valorar los datos que vamos reuniendo.

—¿A qué viene eso?

—Hay una comunicación urgente para usted de un tal doctor Paine. Le he llamado a usted a su casa, pero ya había salido.

—¿Paine?

—Eso dijo.

Descolgó el teléfono y llamó a su amigo.

Inmediatamente comprendió que algo andaba mal con sólo oír el tono alterado de la voz del médico.

—¿Qué diablos ocurre, Henry? —exclamó—. ¿Cómo está Jean?

—Maldito si lo sé. Se esfumó, eso es todo.

Max pegó tal brinco que el sillón salió disparado hasta golpear contra la pared.

—¿Qué infierno quieres decir con eso? —rugió.

—Simplemente lo que he dicho. Llamé a una enfermera, tal como te dije que haría. Bueno, tardaba en llegar y a mí estaban esperándome en la clínica, así que salí del apartamento y bajé a la calle a esperarla. Cuando llegó le di la llave del apartamento y las correspondientes instrucciones... Bueno, cuando la enfermera llegó arriba creyó que Jean aún estaba dormida y se quedó en la sala.

—¿Y...?

—Esta mañana, cuando ha ido a dar una mirada a su paciente, se ha encontrado con la cama revuelta y vacía.

—¡Pero eso es imposible, Henry! ¿Cómo pudo marcharse estando la enfermera allí? A menos que ésta se durmiera...

—Respondo por ella, Max. Llevo muchos años utilizándola en casos de compromiso. —Entonces,...

—Debió salir mientras yo esperaba a la enfermera en la calle. Me he devanado los sesos tratando de hallar otra explicación, pero no existe.

—Sin embargo, tú no la viste salir mientras estuviste allí...

—Desde luego que no, pero pudo quedarse oculta en la escalera. Eso te corresponde averiguarlo a ti.

—No te quepa duda que lo haré.

—Max, no me gusta nada lo que pasa. Esa chica es un cartucho de dinamita al que tú ni siquiera quitaste la mecha cuando tuviste oportunidad de hacerlo.

—No necesitas recordármelo.

—¿Se te ha ocurrido que puede volver a matar?

—No pienso en otra cosa, aunque déjame decirte que legalmente aún no existe ninguna acusación concreta.

—Esa diferencia legal no le importará a la próxima víctima.

Colgó de golpe. Ahora la garra que había andado escarbando en su corazón había descargado el zarpazo definitivo. El dolor resultaba insoportable. Y con el dolor hacía su aparición un frío pánico que no

conseguía explicarse satisfactoriamente.

Tanto podía ser motivado por un más que posible asesinato como por la inquietante suerte de Jean Myers, ahora fuera de su alcance.

Capítulo X

WALTER Harris habitaba un pequeño y elegante *bungalow* en una de esas innumerables urbanizaciones que han proliferado en las colinas, en torno a la gran ciudad.

Max atravesó el jardín bien cuidado, llamó a la puerta y cuando ésta se abrió, se encontró mirando la cara casi idéntica a la de la fotografía que examinó en su oficina. —¿Qué puedo hacer por usted? —gruñó Harris—. Si vende algo, pierde el tiempo...

—Me llamo Shawn. Soy oficial de policía.

—¡Oh!

—¿Puedo pasar?

—Me gustaría cerciorarme de que es usted quien realmente pretende...

—Claro, claro...

Le mostró su credencial. Walter Harris era de estatura más que elevada, tenía una cabeza coronada de cabello negro y ensortijado y sus ojos profundos semejabán tan fríos como las aguas de un lago.

—Entre, aunque maldito si puedo hallar una razón para esta visita —gruñó, haciéndose a un lado.

Shawn se internó en la casa.

—Está usted bien instalado aquí, Harris —comentó.

—Si uno no puede vivir a gusto, más le vale reventar de una vez.

—¿Vive solo?

—Claro.

—Pero usted estuvo casado.

—Eso terminó.

—¿Usted cree?

—¿Qué quiere decir?

—Legalmente, sigue usted casado con Jean Myers. Y no me haga perder el tiempo negándolo. Lo sé y eso basta.

Harris pareció a punto de perder el control y estallar, pero al fin decidió tomarlo por el lado bueno y se echó a reír.

—¿Se lo ha dicho a ella?

—Aun no. Jean cree que el divorcio se consumó.

—Bueno, era algo demasiado bueno para que saliera bien... Siéntese

y tome un trago, si le apetece.

—No quiero beber ahora, gracias. Cuénteme la historia del divorcio, si no tiene inconveniente.

—Presumo que de todos modos acabaría averiguando la verdad. Jean lo pidió antes de seis meses de matrimonio. No ofrecí muchas dificultades, entre otras razones porque entonces ella carecía de medios propios de vida porque el dinero de su familia seguía en manos de una antigualla que tiene por tío.

—De modo que usted le hizo creer que accedía.

—Seguro que lo hice. Todo consistía en saber esperar. Tan pronto su tío reventara, ella sería inmensamente rica. ¿Va comprendiendo?

—Tiene usted un cinismo que asusta, Harris.

—Eso se debe a que la vida ha sido muy dura conmigo. He debido espabilarme, ¿sabe usted? Bien, volviendo a nuestro negocio... Imagino que Jean querrá volverse a casar alguna vez. Tan pronto posea la fortuna sabrá que sigue casada conmigo, y que tampoco esta vez deseo oponer dificultades a la separación legal. Naturalmente, mediante, digamos cierta compensación.

—¿Sabe una cosa? Me gustaría aplastarle la nariz, Harris.

Este se encogió de hombros, riendo entre dientes.

—Eso no resultaría, palabra —cacareó—. Ahora sea usted franco conmigo... ¿Por qué se interesa por mi pasado a estas alturas?

—Se lo diré. El tío de Jean ha muerto.

Harris se enderezó, súbitamente alerta.

—¿Está seguro?

—Asesinado.

—¿Qué?

—Dije que ha muerto asesinado. Alguien le cortó el cuello. Alguien que quizá se impacientó para heredar.

—¡Eh, un momento! No puede colgarme a mí.

—Harris, no se alborote antes de tiempo. Si lo mató usted lo pagará porque pondré a todos mis hombres a husmear sus huellas. Si no lo hizo no tiene nada que temer, a menos, claro está, que el asesino siga emperrado en eliminar a los parientes de Jean Myers.

Se levantó ante el rostro contraído de aquel individuo que le disgustaba profundamente.

—¿Por qué ese asesino, sea quien fuere, querría matarme a mí? Yo no dejo ninguna herencia si reviento ahora.

—Pero puede reclamar una parte de la que pertenecerá a Jean. Y eso puede ser peligroso. Piénselo, Harris.

Se fue tranquilamente, y para cuando Harris quiso reaccionar oyó el golpe de la puerta al cerrarse.

Shawn estaba satisfecho en parte por esa corta entrevista.

Su satisfacción duró exactamente hasta que estuvo en la acera, frente al jardín de la propiedad vecina a la de Harris.

Allí, su naciente euforia se esfumó y de nuevo se encontró sumido en un mar de dudas. Dudas que giraban en torno a las rosas de terciopelo.

A las rosas semejantes a las que adornaban ese jardín, como hermosas manchas escarlatas salpicando el verde de los arriates.

Mientras estaba mirándolas vio aparecer a una mujer de mediana edad, que le sonrió confiadamente.

—¿Le gustan a usted las flores, amigo? —le espetó sin rodeos.

Max respingó.

—Este... sí. Especialmente las rosas de terciopelo como éstas.

—¿De veras?

—Ya lo creo. Considero que son la perfección materializada en una flor.

La mujer se había acercado y ahora le miraba acusadoramente.

—No será usted el desaprensivo que me las roba.

Él se quedó helado.

—¿Le roban sus rosas?

—Ni más ni menos.

—¿Cómo puede estar segura, habiendo varios rosales en su jardín?

—De esta clase no hay más que estos dos, y en este tiempo sus rosas aún son escasas. Sé muy bien cuántas tienen... y no me salen las cuentas. Alguien ha estado robando mis rosas —insistió con tenacidad.

—¿Cuántas, lo sabe también?

—Claro.

—¿Y bien?

—Tres, una cada noche, ¿sabe usted? Me gustaría mucho conocer a ese desaprensivo para decirle lo que pienso de él.

—¿Está segura que han sido tres rosas las que le han desaparecido?

—Tan segura como de que estoy hablando con usted.

—¿No es posible que se haya equivocado ahora, y sólo sean dos?

Ella achicó sus ojos astutos.

—Fueron tres, y estoy segura. Aunque déjeme decirle que empiece a preocuparme su insistencia. ¿Tendría inconveniente en decirme quién diablos es usted, amigo?

—Saberlo no le devolvería sus rosas... Lo malo es que sean tres, señora. Si sólo fueran dos...

Se alejó meneando la cabeza hacia donde había dejado el coche.

La pobre mujer le siguió con la mirada convencida de haber estado hablando con un loco de atar.

Tres rosas.

Shawn se estremeció mientras conducía el coche hacia su nuevo destino.

Y hasta el momento habían aparecido dos, una después de cada asesinato.

¿Dónde aparecería la tercera y cuándo?

Y, sobre todo, ¿dónde estaba Jean y esa tercera rosa que parecía anunciar otra muerte inminente?

Y también era como para preocupar a cualquiera que las rosas desaparecieran justamente del jardín vecino al de Walter Harris, falso divorciado y que había esperado durante años para echar mano a la herencia de la que aún era su mujer.

Todo un condenado embrollo en el que había comprometido algo más que su celo profesional... quizá su propio corazón.

Capítulo XI

LA clínica era un edificio blanco, espacioso y elegante, frente al cual se mecían suavemente unas gráciles palmeras.

La primera impresión que le producía a uno era la de una lujosa y confortable residencia. Nada más lejos de una institución psiquiátrica.

Sin embargo, no era otra cosa.

Shawn siguió al enfermero hasta un pequeño y bien instalado despacho, donde un hombre se levantó para recibirle.

—¿Doctor Dodds? —dijo Max, extendiendo su mano—. Soy el teniente Shawn, de Los Angeles.

—Siéntese, por favor —le estrechó la mano con energía.

Era un individuo alto, de porte casi majestuoso. La bata corta, blanca, le daba tanto empaque como si hubiera llevado un traje de etiqueta.

—¿En qué puedo ayudarle, teniente? —preguntó.

Su voz era suave, varonil y segura. Una voz que infundía confianza y que debía serle de mucha utilidad para sus pacientes.

—Se lo diré lo más escuetamente posible. Espero que recuerde usted a una paciente que tuvo hace unos cuatro años... Jean Myers.

—Ciertamente. ¿Está en dificultades, acaso?

—Yo diría que sí. Pero para nuestra entrevista eso es marginal. Lo que realmente deseo de usted, doctor, es saber qué opinión médica se formó de ella en aquel tiempo.

—Si he entendido bien, me pide mi diagnóstico profesional.

—Eso es, aunque con palabras llanas, que lo pueda comprender un pobre polizonte.

El doctor Dodds sonrió.

—Eso no es difícil. Pero tengo mis dudas en complacerle, puesto que el diagnóstico de un enfermo se considera secreto profesional en estos casos.

—Ya esperaba que dijera usted eso, doctor. Sin embargo, le aseguro que lo que me diga no lo repetiré ni siquiera ante un jurado, si llegara la ocasión de tener que declarar. Por otra parte, puede creermelo si le digo que sólo trato de ayudar a Jean Myers.

El psiquiatra titubeó. Se entretuvo eligiendo un cigarrillo de una lujosa caja, que ofreció a Shawn. Tras encender, dijo:

—Le diré lo que yo crea que puedo revelarle sin violar el secreto, teniente, aunque para eso sería preferible que usted me preguntara concretamente qué desea saber.

—La verdad es que así no creo que llegásemos a ninguna parte. Cuando Jean Myers mató a aquel hombre, cuatro años atrás, sufrió un terrible *shock* del que le costó reponerse. En cierto modo, supongo que eso la marcaría para el resto de su vida.

—Efectivamente.

—¿De qué modo?

—Me pone usted en un aprieto. Saberlo sería tanto como adivinar el porvenir. Pero le diré que, según mi opinión, aquel suceso terrible la predispuso en contra del género masculino. Eso en primer lugar.

—Sin embargo, se casó después.

—¿De veras? Con toda seguridad, creyó encontrar en un hombre el amparo, la seguridad de verse protegida. Y me atrevería a decir que el hombre con el cual se casó era físicamente muy distinto a aquel a quien mató.

—Cierto.

—Por otra parte, teniente, también apostaría que ese matrimonio no dio resultado. ¿Me equivoco?

—En absoluto, aunque la culpa fue del rufián con quien contrajo matrimonio.

—Habría fracasado de cualquier modo. En su subconsciente, esa muchacha seguirá odiando al hombre como sexo, no como individuo. Tenga en cuenta que trataron de violarla. En aquellos instantes se dispararon todos los resortes de control de su mente. Una reacción desmesurada, para decirlo con palabras comprensibles para usted.

—Le agradecería que me aclarase eso, doctor.

—La manera como mató a su atacante, eso quiero decir. Normalmente, en circunstancias semejantes, una mujer habría golpeado a su adversario una vez, dos quizá, hasta verle desplomarse sin sentido. Jean, no; ella siguió machacándole ciegamente, una y otra vez hasta reducirle la cabeza a pulpa. Sólo cuando lo hubo aplastado se desmayó. Esa fue la reacción típica de su conciencia ante lo que acababa de hacer, o sea, que el subconsciente tendió un velo protector entre la realidad espantosa y su deseo de olvido y protección.

—Ya veo...

—Fue esa manera de matar a su atacante lo que realmente la marcó para siempre según mi opinión. Si se hubiera limitado a golpearle y huir, en unos cuantos meses el episodio se hubiera borrado de su conciencia. Pero el ensañamiento, el modo sangriento como le machacó la cabeza, dejó un profundo trauma en ella del que jamás podrá librarse. Estoy seguro que lo recuerda a menudo y revive la escena en su mente

casi recreándose en ella, con una... digamos sádica satisfacción por haberle hecho pagar a aquel hombre sus repugnantes intenciones.

—Y en esas circunstancias, doctor, ¿cree usted que podría volver a matar?

El médico enarcó sus bien dibujadas cejas.

—¿Quiere decir en idénticas circunstancias?

—No, en absoluto. Digamos que... en circunstancias distintas, y alguien desconocido, por ejemplo.

—Bueno, no es probable a menos que existiera un estímulo para su mente. Algo que le hiciera desear expresamente la muerte de esa persona en particular.

—¿Y sería posible que en el caso hipotético de que estamos hablando, y observe que digo hipotético, doctor; en un caso así, ella podría actuar de modo inconsciente, sin darse cuenta de lo que hacía hasta que ya hubiera matado?

—No lo creo, teniente. No en este caso.

—O sea, con otras palabras, que si ella volviese a matar alguna vez, sería con pleno conocimiento de sus actos.

—Esa es mi opinión, por lo menos. Pero, ¿es que acaso...?

—No intente sacar conclusiones, doctor. De momento no puedo decirle nada concreto.

Estoy sólo tanteando posibilidades, si es que sabe lo que quiero decir.

El médico sonrió. Era una sonrisa cautivadora, que unida al poder de sus ojos extrañamente claros debía producir resultados sorprendentes en sus pacientes, especialmente los del sexo femenino.

—Realmente, no sé qué quiere decir —confesó—. Y no tengo inconveniente en confesarle que me gustaría saberlo.

—De momento, eso es todo lo que estoy autorizado a revelarle, doctor Dodds.

Max se levantó y el médico le acompañó hasta la puerta.

Allí, los dos hombres se estrecharon las manos y el policía se fue escoltado por el mismo enfermero que le recibiera al llegar.

Una vez fuera se quedó unos minutos sentado ante el volante del coche, pensativo. Había multitud de cosas que danzaban en su cerebro. Y muchas de ellas no tenían sentido alguno aparentemente, aunque en contraste eran precisamente las más inquietantes.

Al fin, condujo rápidamente hacia su oficina.

Sokolsky se disponía a salir y se detuvo el tiempo suficiente para decirle:

—He dejado sobre su mesa el informe del sargento Waggoner... Me parece algo muy curioso, señor.

—Gracias. ¿Adónde va, Sokolsky?

—A comprobar un informe. ¿Recuerda el accidente en el que murió aquel viejo? —Seguro.

—McManus cree que tiene un testigo. Está esperándome.

—Eso sería muy interesante. Llámeme desde donde se encuentre y si cree que es necesario traigan aquí a ese testigo.

El detective asintió y se fue apresuradamente.

En su despacho, Shawn se despojó de la chaqueta y fue a acomodarse en el sillón basculante.

No había podido librarse aún del cansancio, y las pocas horas de sueño disfrutadas ni siquiera quedaban en el recuerdo.

Vio la hoja de papel con el informe garrapateado por Sokolsky, tomado apresuradamente por teléfono. Antes de leerlo encendió un cigarrillo y descolgó el teléfono.

—¿Henry? Aquí Shawn. Imagino que no has vuelto a tener noticias de Jean.

—Ninguna, en absoluto. ¿Tampoco tú...?

—Tampoco. Y hay una tercera rosa en camino, Henry.

—¿Qué? No entiendo nada.

—He descubierto el lugar de donde proceden esas rosas de terciopelo. Anoche robaron otra... la tercera. Si es como imagino, Henry, alguien va a morir pronto.

—¡Infierno, Max, estás jugándote la carrera!

—No me dices nada que yo no sepa. Te llamaré si averiguo algo nuevo;

—No dejes de hacerlo.

Colgó, expeliendo el humo con violencia. Se disponía a leer el informe cuando el teléfono sonó.

La voz del sargento de recepción, gruñó:

—Hay una llamada para usted, teniente. Parece importante.

—Pásela.

Hubo un par de chasquidos, una pausa breve y después una voz que le hizo saltar en el sillón.

—¡Max, teniente Shawn...!

—¡Jean! —rugió—. ¿Dónde estás, que te ha sucedido?

—No lo sé. Es horrible, como una pesadilla.

—¡Cálmate, Jean! Trata de coordinar tus ideas y dime dónde puedo encontrarte. Iré donde sea, ahora, antes que te ocurra nada. —

—No comprendo, estoy tan confundida... y tú te fuiste sin verme.

—¿De qué estás hablando, Jean? Déjale al doctor contigo.

—No, no... Es todo confuso. El... él estaba contigo.

La voz se había convertido en un murmullo ronco. Para entonces, Shawn había dejado el auricular sobre la mesa y saltado hacia la puerta.

Asomó la cabeza y rugió:

—¡Localicen la llamada que tengo en mi línea, aprisa!

Volvió atrás y gritó por el auricular:

—¡Jean, escúchame, todo irá bien! Sólo sigue hablándome...

El auricular permaneció mudo. Sintió un frío terror culebrearle por los nervios y repitió:

—¡Jean! ¿Me oyes?

Un policía asomó por la puerta.

—Cortaron, señor —anunció—. No pudimos hacer nada.

—Ya, gracias.

Colgó, desalentado, y se recostó en el asiento tratando de calmarse.

El despacho fue oscureciéndose paulatinamente. Cuando él se enderezó había pasado mucho tiempo y para poder leer el olvidado informe que le dejara Sokolsky hubo de encender la luz.

Realmente, era un informe curioso. Tan curioso cómo sombrío si uno se detenía a pensar en sus implicaciones.

—De modo que es eso... —masculló.

Un timbre ronco zumbó en alguna parte. Levantándose, acudió al despacho del capitán Hogan.

—Celebro que aún siga con nosotros, teniente —rezongó su jefe, con evidente sarcasmo—. ¿No tendría por casualidad algún pequeño reporte para mí? Suponiendo que haya hecho algo, por supuesto.

—Olvide los sarcasmos, señor, no me siento de humor esta noche.

—¿Cree que yo sí?

—Imagino que no.

—Deles un vistazo a los periódicos, Shawn. Han olido la tostada y esta noche empiezan a levantar el velo. Mañana exigirán noticias y resultados y no veo que podamos darles nada en absoluto.

—Mire, capitán; mañana este asunto estará aclarado o yo habré reventado, de modo que no se preocupe.

—No me preocupo... Después de todo, sólo me faltan dos años para la jubilación. ¡Maldita sea, Shawn! Ha tenido tiempo de sobra para efectuar una detención, por lo menos.

—¿Qué detención?

—Esa chica. Aunque fuera una detención preventiva, por lo menos tendríamos algo entre manos.

—Y la crucificaríamos otra vez. Además, señor, ella ha desaparecido. Hogan saltó de la silla.

—¿Desaparecido dice usted?

—Así es. Ignoro su paradero actual.

—Ya veo... Tal como están las cosas, otros policías con menos motivo han sido separados de sus puestos, Shawn.

—Puedo renunciar cuando usted lo ordene, señor.

—¡Con un demonio! Eso sería demasiado fácil para usted... Sacudirse el caso de encima, librarse de responsabilidades así, sin más que chascar los dedos... ¡Maldita sea, teniente! Vaya y tráigame a esa mujer... ¿Está claro?

—Seguro. Entretanto, lea este informe; tal vez se distraiga mientras espera.

Dejó el papel sobre la mesa y salió cerrando de un portazo.

El teléfono de su despacho estaba sonando cuando entró. Al descolgarlo reconoció la voz de Sokolsky.

—¿Teniente? Ya no hay duda, el viejo fue asesinado.

—Lo suponía.

—El testigo es un limpiaventanas. Acababa de descender por la escalera de un edificio cuando vio aparecer un coche lanzado a toda velocidad. El coche hubo de subirse casi a la acera para cazar al anciano, y ni siquiera frenó una sola vez. Sólo le aplastó y salió zumbando.

—Muy bien, traiga a ese tipo y que firme una declaración en regla.

Colgó. No sabía qué hacer, turbado por la angustia.

La voz desesperada de Jean en el teléfono seguía martilleándole los tímpanos una y otra vez.

Y la noche había llegado, y con la noche las tinieblas y la muerte. Una muerte adornada por otra rosa roja.

Acabó levantándose, incapaz de seguir inactivo.

Fuera, uno de los detectives informó:

—Han soltado a Aisley, señor.

—¿Qué?

—Consiguió hablar con sus abogados. Llevaba más del tiempo legal incomunicado.

Bueno, se armó un escándalo y un juez aceptó una fianza y lo sacaron.

—Debí suponerlo, claro... Pero estuve demasiado ocupado. Bien, gracias, muchacho.

Salió rechinando los dientes. Necesitaba acción o reventaría, pensó.

Condujo de manera suicida hasta las callejas que muy raras veces visitaba.

En una esquina había una confitería, y junto a ella un local destartado, cerrado ya.

Dejó el auto sobre la acera y se dirigió a la puerta cerrada. Tras golpearla furiosamente con el puño, esperó.

Un tipo con cara de rata asomó por una rendija, sosteniendo la puerta, y rezongó:

—Está cerrado. ¿Es que no lo ve? Vuelva mañana.

Max empujó la puerta de tal modo que el hombrecillo se fue dando tumbos hasta el fondo del pequeño local, donde consiguió recuperar el equilibrio, aunque no el resuello.

—¿Quién más hay en esta cueva? —le espetó Shawn, plantándose ante él.

—Nadie, la oficina está cerrada ya. Sólo yo me quedo para revisar las cuentas.

—¿Has visto a Aisley esta noche?

—El señor Aisley hace mucho tiempo que...

Max disparó la mano y sujetó al tipo levantándolo en vilo.

—El señor Aisley ha venido a recoger el dinero de las apuestas. ¿O crees que hablas con un tarado mental?

—Se fue... hace horas...

—¿Y Spitzer?

—No vino hoy.

—¿Y Hughes?

—Este sí... Suélteme...

—¿Dónde puedo encontrar a esos dos? ¡Vamos, maldita rata! ¿Dónde?

El hombrecillo parecía a punto de desmayarse.

—Tienen un... un apartamento cerca de aquí, en Mulberry... sobre la pizzería.

—Ajá.

Le soltó y el hombre casi cayó sentado en el suelo.

—Voy a darte un consejo, rata. Si les llamas volveré y te arrancaré la piel a tiras. Y si telefoneas a

Aisley diciéndole que he pasado por aquí, será la cabeza lo que te arranque de los hombros. ¿Has entendido?

—¡Sí, sí, señor...!

Shawn abandonó la camuflada oficina de apuestas y caminó hasta la esquina de la calle Mulberry.

Por las puertas abiertas del *bistró* salían los picantes aromas de sus especialidades italianas. Junto a la entrada del establecimiento había la puerta de una escalera oscura y estrecha.

Entró y subió hasta el piso superior. Había dos únicas puertas en el rellano. Aplicó el oído a ambas, una tras otra. En la de la izquierda captó signos de vida, de modo que llamó al timbre y sacando su pesada 45, esperó.

La puerta se abrió y un hombre grueso, con el torso desnudo, apareció en el umbral.

—¿Qué diablos...?

Su voz se extinguió con una ridícula nota aguda cuando la enorme pistola se hundió en su barriga.

—Entremos, compañero —dijo Shawn, empujándole—. ¿Quién eres tú, Hughes o Spitzer?

—Este... Spitzer.

—¿Dónde está Hughes?

—Maldito si lo sé. Oiga, ¿qué pretende, quién es usted?

—Papá Noel. ¿A ti qué te parece?

Spitzer retrocedió unos pasos rechinando los dientes. Comenzó a sudar ante la amenaza de la pistola y gruñó:

—¿Polizonte?

—Claro, hombre.

—No le creo. Voy a llamar y...

—¿A quién, a tu abogado? No me digas que lo tienes también. A menos que sea el mismo de tu patrón.

—Escuche...

Una puerta, detrás del hombretón, se movió media puteada.

Max se puso tenso como un cable y rugió:

—¡Salga de ahí, Hughes, el juego terminó!

Spitzer dio un respingo y no pudo evitar dirigir una mirada a aquella puerta. Ahora, sus ojillos porcinos echaban chispas.

—¡Hughes no está aquí, bastardo! Tengo a una chica en el dormitorio, eso es todo.

—¡No me digas! Veamos esa belleza. Dile que salga, muchacho.

Spitzer giró, y por un instante pareció encaminarse hacia aquella puerta.

Sólo que no llegó a ella. De pronto, dio un salto de costado y se zambulló al suelo lanzando un grito.

Por la rendija de la puerta, un revólver llameó con estruendo.

La bala alborotó los cabellos del policía, obligándole a tirarse a un lado.

Tras el revólver apareció una mano y una cara contraída por la ira. De nuevo el forajido disparó y las balas picotearon el suelo muy cerca de la cabeza de Shawn.

Cuando éste apretó el gatillo de su poderosa pistola, el estruendo pareció a punto de hundir el techo. Todo lo que hizo fue pulverizar la cara crispada del pistolero, que desapareció de nuevo dejando esparcido parte de su cráneo por la puerta que ahora estaba abierta de par en par.

Max volteó la pistola y vio a Spitzer como idiotizado mirando los chorreones nauseabundos de la puerta.

—¡No dispare! —chilló.

—¡Dime una sola y maldita razón para que no lo haga, hijo de perra!

—¡Estoy desarmado!

—Ya veo... No me gustó tu amiguita, gordo. No enseñaba las piernas... Sólo la cara.

Volviéndose en redondo, Spitzer empezó a vomitar.

Shawn esperó a que terminara y entonces le empujó a puntapiés hacia las escaleras en el momento en que dos policías de uniforme empezaban a subirlas con sus revólveres empuñados.

—¡No se muevan! —chilló el más joven de los dos.

—No se alteren. Soy el teniente Shawn, de Homicidios. Llévense a esta joya y enciérrenla bajo siete llaves.

—¿Qué fueron todos esos disparos, señor?

—Hay otro tipo arriba... muerto. Me disparó una sarta de tiros sólo porque interrumpí su siesta... Mala gente, amigo, créame.

El guardia le contempló, perplejo.

Luego, el otro gruñó:

—Creo que debería identificarse usted, señor.

Max se encogió de hombros.

—Por supuesto.

Mostró sus credenciales y luego volvió arriba, para llamar a su departamento y terminar con el enojoso asunto de una vez por todas.

Luego, pensó que aún no había podido visitar una sola vez el hospital donde estaba internada la madre de Rob Malloy y se maldijo por ese descuido. Esa misma noche, sin falta...

Pero la vida de un policía en Los Angeles y en cualquier otro lugar suele parecerse más a una carrera de obstáculos que a un viaje placentero.

Capítulo XII

SOKOLSKY miró el *bungalow* desde la ventanilla del coche y gruñó:

—No hay ni una luz, teniente. Quizá el tipo ha salido esta noche.

—Si es así le esperaremos.

—¿Por qué es tan importante ese fulano?

—Hay varias razones para que lo sea. En primer lugar, simuló un divorcio esperando que su mujer heredara una fortuna. Siendo aún su marido legalmente piensa reclamarle un buen bocado de la tajada para que la deje libre. Por otra parte, las rosas proceden de ese jardín vecino, lo cual no deja de ser una condenada casualidad si sabe lo que quiero decir.

—Me parece que no comprendo nada, teniente.

—Aún hay otras razones, Sokolsky —prosiguió Max, ceñudo y como si no hubiera oído la interrupción—. El hombre que debía dejar la herencia a la muchacha fue asesinado. Pienso que ese tipejo pudo cansarse de esperar su muerte y decidió acelerar los acontecimientos. Y por último, y ésta es una razón tan buena como las otras, no tengo otro sospechoso mejor.

—Si me hubiera mantenido usted mejor informado ahora podría hablarle de todo esto con conocimiento de causa. Pero estoy hecho un lío.

—Se lo contaré todo más tarde. Vamos.

Saltaron del coche y atravesaron el pequeño jardín. Un grillo rechinaba su canto en alguna parte, y en una casa cercana alguien estaba discutiendo a gritos con su mujer.

Por lo demás, todo parecía tranquilo.

Sokolsky exclamó de pronto, deteniéndose:

—El fulano debe haber salido con muchas prisas, teniente, porque ni siquiera cerró la puerta.

Shawn dio un salto y se precipitó al vestíbulo de la casa.

Tras encender la luz, gruñó:

—¡No toque nada, Sokolsky!

—No acostumbro a dejar mis huellas en las casas donde entro sin permiso.

Avanzaron cautelosamente. Ante una puerta cerrada, Max se detuvo en seco, mirando el suelo igual que hipnotizado.

Sokolsky casi tropezó con él y exclamó:

—Si en lugar de pétalos de rosa fueran de una margarita, diría que alguien se entretuvo en...

—¡Cállese!

Había cuatro pétalos rojos ante aquella puerta. Mustios y estrujados, pero conservando aún la belleza de su tacto de terciopelo.

—La tercera rosa —murmuró Shawn, con voz ahogada.

De un empujón abrió la puerta y encendió la luz después de buscar el interruptor en la pared.

Walter Harris yacía en medio de un tremendo charco de sangre. Sus ojos inmensamente abiertos estaban fijos en el techo y parecían ver aún la imagen de la muerte.

Una profunda herida había dejado de sangrar en su pecho. El cuchillo había hecho un buen trabajo también esta vez.

Sokolsky dejó escapar el aliento contenido.

Shawn murmuró:

—hora ya no podrá sacar tajada de la herencia de su mujer.

—Se me ocurre que ésa es una buena solución para ella, teniente.

—¿Qué?

—Para la mujer, quiero decir.

Ambos se miraron largamente.

Max Shawn estaba pálido y sus ojos chispeaban como si tuviera fiebre.

—Quédese aquí y ocúpese de todo, Sokolsky. Yo tengo otra cosa que hacer.

—Muy bien. ¿Dónde podré encontrarle en caso de que le necesite?

—En mi oficina dentro de media hora.

Salió casi sonriendo, y cuando apartó el coche de la acera y hundió el acelerador las llantas chillaron lanzando el coche como un cohete calle abajo.

* * *

Llamó a la puerta una y otra vez sin resultado. Sintió la tentación de echarla abajo como ya hiciera en otra ocasión, pero desistió ante la casi seguridad de que ella no estaba en el apartamento.

Terriblemente angustiado, se dirigió a su oficina diciéndose que había esperado demasiado... Debía haber lanzado a todos los hombres disponibles en busca de la muchacha mucho antes, aunque solo hubiera sido para su propia seguridad.

Cuando entró en la sala de detectives advirtió la tensión.

Uno de los hombres dijo:

—El capitán quiere verle inmediatamente, teniente.

—¿Aún está aquí a estas horas?

El otro asintió. Cuando ya se encaminaba al fondo, el detective aún añadió:

—Creo que va a pedir su cabeza para la hora del desayuno o algo así, señor.

—Ya veo...

Llamó con los nudillos en el despacho de su jefe.

La voz destemplada de Hogan ladró:

—¡Entre!

Abrió y se coló dentro de la oficina.

Sólo que no avanzó más de dos pasos. Se quedó clavado en el suelo igual que herido por un rayo, porque sentada en una silla, pálida y descompuesta, se hallaba Jean, y junto a ella, el médico de servicio de la policía.

El capitán estaba sentado al otro lado de su revuelta mesa.

—Cierre esa puerta de una vez, teniente.

Lo hizo como un autómata, sin apartar la mirada de la muchacha.

Jean levantó la cabeza, al fin. Tenía los ojos vidriosos y vacíos de toda expresión.

Iba vestida con unos pantalones ajustados y una blusa. En los pantalones había oscuras manchas de sangre.

Sobre la mesa, una maltratada rosa roja era como una acusación muda, una acusación del oscuro color de la sangre.

—Jean... —balbuceó.

Hogan gruñó:

—Llegó hace más de una hora. Quería verle a usted, sólo pronunciaba su nombre. Tal vez ahora reaccione.

Él se puso en cuclillas delante de la muchacha tratando de que le mirara.

—¡Jean! ¿No tienes nada que decirme?

El médico murmuró:

—Está bajo los efectos de un *shock* terrible, Shawn.

No he logrado hacerla reaccionar aún.

—Llame por teléfono al doctor Henry Paine. Es psiquiatra y la ha tratado otras veces.

De nuevo se enfrentó con la muchacha. Los ojos de ésta se clavaron en su rostro al fin y poco a poco empezaron a llenarse de comprensión, de reconocimiento.

—¡Max! —jadeó.

—Estoy aquí, pequeña, tranquilízate.

—¡Oh, Dios santo, Max!

Se arrojó a sus brazos desesperadamente, sollozando.

El capitán enarcó las cejas, disgustado, mientras el médico hablaba por teléfono.

Tras unos instantes, Hogan gruñó:

—¿Detuvo a ese individuo, teniente?

—No, señor.

—Pero usted dijo que iba a detenerle... que...

—No se puede detener a un cadáver, señor.

—¡Condenación, otro!

Jean se apartó muy despacio, como si temiera perder la segura protección del amplio pecho del policía.

—¿Te sientes mejor?

—No sé... Estuve buscándote... horas y horas... Te necesitaba...

—¿Dónde estuviste? ¿Lo recuerdas?

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Nada —musitó—. No recuerdo nada... Es como si no hubiera vivido durante unas horas... o unos días, no sé...

El médico dijo:

—Parece como si estuviera drogada, ¿no cree?

—Eso debería decirlo usted en todo caso —refunfuñó Shawn.

—El caso es que no puedo. Por lo menos sin un examen más a fondo.

Shawn se levantó poco a poco, rechinando los dientes.

—No está drogada —dijo entre dientes—. Necesita ayuda y pronto antes de que acabe volviéndose realmente loca.

Jean le miraba como si él estuviera hablando de alguien extraño, desconocido.

El capitán Hogan gruñó:

—Llévela a su despacho, doctor. Cuando llegue ese tal Paine se lo enviaré.

Ella se levantó cuando el doctor le tomó el brazo. Miró a Shawn por última vez y susurró:

—¿Qué van a hacerme, Max? ¿Qué es lo que hice yo?

—Sólo intentan ayudarte, pequeña, no tienes nada que temer ahora.

Se dejó conducir como una niña sin voluntad.

Hogan gruñó:

—¿Y bien? Espero que su brillante intelecto tenga una explicación lógica y definitiva sobre todo esto, incluyendo este tercer cadáver, que entre paréntesis puede casi achacársele a usted.

—¿Leyó el informe del sargento Waggoner?

—Seguro, pero no veo que tenga ninguna importancia en relación con este caso.

—¿De veras?

—Teniente, mis reservas de paciencia se agotaron ya.

—¿Cómo cree que me siento yo?

—No le dé vueltas. Reconozca que la chica está loca y habremos terminado. Ella mató a su tío porque le odiaba, o porque quería heredar... o porque no le gustaba el color de su corbata. Nunca sabe uno los motivos de un asesino loco de atar.

—Y esta noche ha matado a su marido.

—¡Pues claro que lo ha matado! Usted mismo reconoce que él la engañó con el divorcio esperando que entrara en posesión de la herencia. Seguramente intentó presionarla en cuanto supo que el viejo había muerto y se la ganó. Sea lo que fuere que anda mal en el cerebro de esa pobre chica, debió dispararse como un resorte ante ese chantaje y... —Capitán —le atajó Max, cansado—. ¿Por qué mató al primero de la serie, el *gigolo* de la habitación roja?

—Tal vez... Bueno, era un tipo que vivía de las mujeres...

—¿Y por qué había ese extraño líquido rojo en las manos y en la cara del cadáver? Según el análisis, es la misma sustancia que utilizan en los estudios cinematográficos para simular la sangre en películas de color. ¿Por qué estaba precisamente en las manos y en la cara de aquel bastardo explotador de mujeres?

Hogan se quedó perplejo.

—Está poniéndome obstáculos a todas mis ideas constructivas, teniente. Siempre supe que usted tenía un interés personal por esa mujer, pero creo que está rebasando todos los límites razonables.

—El viejo tío y el marido tenían relación con ella, pero el primero no. Ese Fleming no encaja en ninguna parte. Y las rosas... Una cosa estúpida, absurda, sólo buena para acabar de comprometerla...

—¡Un momento!

De pronto, Shawn se levantó de un brinco.

—¡Su llamada telefónica! —exclamó—. ¡Maldita sea, claro que sí...! He sido un estúpido, capitán.

—En mi modesta opinión, teniente, sigue siéndolo usted.

Salió disparado hacia el despacho del médico. A regañadientes, Hogan le siguió mascullando entre dientes.

—¡Jean! —dijo Max, tomándola por los brazos y obligándola a levantarse de la silla —.

¿Recuerdas cuando me llamaste esta tarde?

—No, yo...

—Me llamaste por teléfono, recuerda... Estabas desesperada, asustada... Dijiste que te había abandonado o algo así...

Ella se estremeció.

—Te fuiste —susurró—. No quisiste llevarme... contigo...

—¿Dónde sucedió eso? ¿En tu apartamento, cuando te dejé con el doctor Paine?

—No, no...

—¿Dónde? ¡Por Dios, Jean, trata de recordar...! ¿Dónde?

Ella se cubrió la cara con las manos.

—¡No lo sé, no lo sé, Max!

—¡Tienes que recordarlo! Es tu vida, Jean... Tu vida, tu razón, tu porvenir lo que está en juego. ¿Dónde?

Ella sacudió la cabeza desesperadamente. Todo su cuerpo temblaba como sacudido por un terrible ataque de fiebre.

El médico gruñó:

—Cuidado, Shawn. En el estado en que se encuentra esa chica, no sé cómo puede reaccionar. Es peligroso lo que está haciendo.

—¡No está loca, doctor! ¿No comprende aún? ¡Condenación, está tan cuerda como usted y como yo!

Hogan gruñó:

—De la cordura de usted empiezo a dudar, Shawn.

—¡Jean! ¿Es que no me escuchas? Tú estabas en algún lugar y me viste. Crees que te abandoné. ¿No es cierto?

—Sí, te fuiste... sin mí.

—Pero yo te quiero, Jean. Te amo como nunca amé a ninguna mujer. Jamás podría abandonarte... Nunca lo haría. ¿Te das cuenta? No sabía que estuvieras allí. ¡No lo sabía! ¿No comprendes?

Hogan lanzó un tremendo bufido.

La muchacha apartó las manos del rostro y miró al policía con una extraña luz en sus ojos.

—¡Max, tú...! —su voz se convirtió en un jadeo.

—Te quiero. Recuerda, pequeña... ¡Recuerda! Tiene que quedar algo en tu mente... una imagen de cuando me viste.

—Tú... tú... ¿Me quieres?

El contuvo el aliento.

Hogan masculló:

—Bonita situación, a fe mía... Si estuvieran aquí los reporteros nos costaría el cargo a todos.

—Como nunca quise, Jean —insistió el teniente.

—¿Ni a ella? Dijiste que estuviste casado...

—Fue un error. Ahora es diferente.

—Max, ¿quieres besarme?

Hogan dio un salto.

Shawn dijo:

—Sí, pero no debe haber sombras entre nosotros.

Escúchame, Jean; hay un velo en tu cerebro... una cortina que oculta

tus recuerdos... Debes descorrerla y recordar... Alguien la ha puesto ahí para perderte, para que yo no pueda amarte... ¡Arráncalo, maldito sea, y piensa! ¿Dónde me viste, dónde crees que te abandoné?

El sentía el cuerpo empapado de sudor y tenso como un cable de acero.

De pronto, ella se estremeció y una mirada de pánico inundó sus hermosos ojos.

—¡La ventana! —jadeó—. ¡Yo... yo estaba en una ventana...!

—¿Me viste desde una ventana?

—Sí.

—¿Por qué no me llamaste? Pudiste haber gritado.

—No... no era posible.

—¿Por qué?

—No sé, no podía.

—¿Era una ventana de seguridad, cerrada? ¿No podías abrirla?

—Sí, eso debió de ocurrir... No pude llamarte... y te fuiste con él.

—Con el médico.

—Sí.

—Era un enfermero, pequeña, pero llevaba una bata blanca. Sin embargo, eso es suficiente, cariño. Ya pasó, tranquilízate.

—¡Max, no me dejes!

La estrechó entre sus brazos, olvidado de la presencia de los dos hombres.

Ella levantó su cara inundada de lágrimas, y Shawn claudicó.

Hundió los labios en su boca angustiada y deseó que junio con su aliento pudiera arrebatarle todo el terror, toda la angustia que habían estado a punto de hundirla en el pozo sin fondo de la demencia.

Hogan explotó:

—¡Teniente!

La apartó con suavidad, sonriéndole confiadamente.

—Ya pasó, linda...

—Max... es cierto que me quieres...

—Tan cierto como la Biblia.

Alguien llamó a la puerta y apareció Henry Paine.

—La historia se repite —rezongó—. ¿Dónde la encontraste, Max?

—Ella me encontró a mí. Ocúpate de ella, ¿quieres? Necesita tu ayuda, pero sólo para librar de fantasmas su cerebro angustiado. Ella no ha matado a nadie, Henry.

Paine dio un bote.

Él le ignoró porque de nuevo estaba besándola antes de ponerla en las expertas manos de su amigo.

Tras esto, dijo:

—Te veré esta misma noche, Jean, cuando haya terminado con la pesadilla. Ahora ya no tienes nada que temer, créeme.

Abandonó el despacho como si huyera de un incendio.

En la sala de detectives se detuvo un instante.

—¿No ha regresado Sokolsky?

—Aún no... se ocupa de...

—Ya sé en qué se ocupa. Mac, acompáñame.

McManus le siguió al trote hasta su coche.

Shawn hundió el acelerador rebosando impaciencia. El coche rugió por la rampa y enfiló la calle como un cohete.

Conducía tan entusiasmado con su triunfo que ni siquiera advirtió el auto que le seguía, implacable como la muerte...

EPILOGO

EL doctor Dodds sonrió desde el otro lado de su amplia mesa.

—Hasta ahora es usted quien habla, teniente. Y déjeme decirle que me reservo el derecho de demandarle como estime oportuno por sus insensatas acusaciones.

Shawn sacudió la cabeza.

—Va a tener usted otras cosas en qué ocuparse, doctor, de ahora en adelante. ¿Cuándo tramó usted toda esta mascarada? Porque un asunto semejante no se improvisa... Tal vez empezó hace cuatro años, cuando trató a Jean por primera vez...

—Siga. Me cansa, pero supongo que he de soportarle.

—Algo más que eso. Tendré la ayuda de los mejores psiquiatras del país para aclarar el aspecto científico de su crimen, pero le desenmascararé, Dodds. Usted se dio cuenta de que la mente de Jean había quedado debilitada después del trauma que sufrió al matar a aquel cerdo... Comprendió que era una mente que podía controlar usted a voluntad... No es raro que un psiquiatra de su fama domine la técnica del hipnotismo. ¿No es cierto, reductor de cabezas del demonio?

—No sabe usted ni lo que dice, polizonte. Realmente, es ridículo escucharle siquiera.

Max se echó atrás en la butaca y encendió un cigarrillo. Aparentemente estaba muy tranquilo.

—¿O es usted uno de esos raros expertos en parapsicología? He leído en alguna parte que pueden controlar la mente de otras personas, introducir en esa mente las escenas que ellos quieran. Incluso, la escena de un crimen.

El médico dejó a un lado su expresión burlona y se enderezó.

—Podría darle toda una conferencia al respecto, pero no lo haré. Sólo voy a exigirle que pruebe todo esto. No podrá, y entonces haré que mis abogados le hundan hasta el infierno...

—Déjese de bravatas. Va a necesitar a sus picapleitos para salvar el pellejo. Sé que estoy en el buen camino y los especialistas de la policía aclararán cómo lo hizo usted realmente. Cómo controló el cerebro de Jean, cómo introdujo en él lo que usted quería, esas muertes, mientras era usted quien realmente cometía los crímenes.

—¿De veras cree eso?

—Estoy convencido. Incluso creo que puedo adivinar por qué mató al primero, a ese *gigoló* inmundo en la habitación roja... En principio fue un simulacro. Sobornó a aquel degenerado para que se prestara a la comedia, sólo para comprobar hasta dónde dominaba a la muchacha, hasta dónde podía obligarla a acatar sus órdenes. Puso un cuchillo de pega en sus manos, uno de esos cuchillos utilizados en el cine, y consiguió que atacara al supuesto inconsciente. Lo hizo, eso estoy dispuesto a admitirlo... sólo que aquí cometió usted su primer error.

—No me diga. ¿Cuál fue?

La voz del médico luchaba aún por conservar su tono burlón.

—Las heridas. Ella estaba segura de que había cometido un crimen. Hirió al hombre primero en el pecho, sólo que después descargó otra cuchillada y le destrozó las manos y la cara... vio la sangre saltarle de esos lugares sin ninguna duda. Sangre tan falsa como el cuchillo... de la que se utiliza para firmar escenas macabras en el cine.

—¿Y luego...?

—Luego, él había de morir, pero esta vez de verdad, porque usted no podía dejar atrás un testigo semejante. Y le degolló limpiamente. Ahí estuvo su error.

Dodds se levantó poco a poco, rígido.

—¡Ya terminé mi dosis de paciencia, polizonte! Salga de aquí y no vuelva a menos de traer una acusación legal y en regla, en cuyo caso, veré lo que hago con usted...

—Siéntese y no sea idiota. La comedia terminó. Tengo un testigo que vio el coche con que aplastó al pobre vagabundo que llevó el paquete a la mensajería. No contó con que en la calle desierta había un limpiaventanas que justo entonces terminaba su trabajo...

Eso le preocupó más que todo lo escuchado hasta entonces.

—¿Un testigo? —balbució.

—Lo vio todo. Y retuvo casi todas las cifras de la matrícula del auto, doctor —mintió con descaro—. ¿Es necesario que le diga qué coche fue el causante de la tragedia?

—En todo caso, teniente, eso sólo puede convertirse en una acusación de homicidio por imprudencia... Alegaré que me asusté y no me detuve a prestar auxilio a la víctima. Un hombre de mi posición no tendrá ninguna dificultad en librarse de esa ridícula acusación.

—Gracias por reconocer al menos eso, doctor —rió Max—. No podía arriesgarse a enviar usted el cuchillo personalmente. Y menos aún suponer que yo estaría allí tan inoportunamente... Yo precisamente, que ya una vez luché por esa pobre chica. ¿Qué le parece?

Esta vez, Dodds no replicó. Tal vez comenzaba a preocuparse seriamente.

—¿No tiene nada que decir, doctor?

El sarcasmo vibraba en la voz de Shawn, que apenas conseguía seguir fingiendo su absoluta tranquilidad.

—Entonces, seguiré yo, aunque siempre tendré un escollo, y es el motivo, aunque imagino que se trata de la herencia de Jean. ¿Cómo pensaba apoderarse de ella después de asesinar al tío de la muchacha? Porque fue usted quien lo mató...

—¿De cuántas muertes más piensa acusarme, insensato?

—De otra aún. La del viejo Alfred Weeks no ofrece ningún misterio para mí, especialmente cuando caí en la cuenta de que alguien debía haber llevado y traído a la muchacha hasta ese lugar tan apartado. Usted, con su coche. Y estuvo a punto de chocar conmigo cuando dejó a Jean en la esquina...

—¡Usted!

—Ajá.

—No reconozco nada. Es más, lo niego. Todo, ¿comprende? Es una estupidez escucharle siquiera.

—Sí, bueno... pero necesitará algo más para escapar de eso, doctor, algo más que sus negativas. Aunque reconozco que no le falta imaginación, desde luego. La tuvo para ese detalle de las rosas...

El doctor Dodds se estremeció. Estaba lívido y sus manos temblaban visiblemente, aunque tal vez fuera por la cólera que le dominaba.

—Pensó que en caso de que las cosas se pusieran feas, necesitaba un chivo expiatorio... alguien que cargase con el mochuelo. ¿Y quién mejor que el ex marido de Jean? Sabía que tarde o temprano la policía investigaría en esa dirección, y las rosas arrancadas del jardín vecino al de Walter Harris serían un indicio que en el peor de los casos distraería nuestra atención durante un tiempo.

—Y por eso le maté también, ¿eh? Tiene usted una imaginación volcánica, teniente.

Shawn dijo suavemente:

—¿Cómo sabe que Walter Harris fue asesinado? Los periódicos no lo publicaron aún, y yo no recuerdo habérselo dicho.

Dodds dio un respingo.

Su voz se quebró cuando murmuró:

—Debe haberlo mencionado en algún momento...

—No, doctor. Lo sabe porque fue usted quien lo mató. Nosotros no íbamos a quitárselo de en medio, y él estaba en posición de reclamar la herencia a su vez... o parte de ella si Jean seguía viva. Ya ve que no puede esperar que demos más palos de ciego. El detalle de las extrañas rosas fue bueno en principio, tanto porque desconcertaba todavía más a la pobre muchacha, como porque nos encaminaba a nosotros hacia el marido. Pero esta clase de pistas tienen una vida muy efímera, doctor, para un policía experimentado.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero ante la mirada vidriosa y cargada de odio del médico.

Shawn añadió, levantándose:

—Para terminar aquí, doctor... ¿Por qué? Eso es lo único que no me explico. ¿Por qué esas muertes, y poiqué Jean? Imagino que es algo relacionado con la herencia de la muchacha, pero no veo cómo podía esperar usted apoderarse de ella.

Dodds se encogió de hombros y no replicó. Sólo dijo:

—¿Es que va a atreverse a detenerme sin más acusación que esa sarta de insensateces?

—Ya puede jurarlo. Vamos, doctor, sabe de sobra que está atrapado. Puede que me cueste probarlo todo, pero hay otros excelentes psiquiatras que se ocuparán de hacerlo... ¿O habré de recurrir a algún parapsicólogo?

—Iré con usted. Será incluso divertido ver cómo se hunde.

—Siga soñando. ¿Cómo pensaba apoderarse de la herencia de Jean, doctor? Claro que con su dominio sobre su mente no le costaba nada hacerle firmar una... digamos... donación de su fortuna para ampliar su clínica, pongamos por caso. ¿Fue así como lo hizo? Ese documento debe estar en alguna parte y saldrá a la luz, porque no cabe duda que debió ser legalizado para que tuviera valor.

—¡Maldito sea, cálese de una vez!

—He acertado... Existe ese documento, doctor. ¿Cómo pensaba rematar el asunto, fingiendo un suicidio de Jean, roída por los remordimientos, o desesperada por lo que creía haber hecho?

Le empujó hacia la puerta.

Fuera, McManus dijo:

—Nadie ha intentado interrumpirles, teniente.

—Mejor para nosotros. Vamos, conducirá usted ahora, Mac.

—¿No piensa dejar que dé instrucciones a mi personal antes de salir?

Shawn sonrió:

—Si realmente le va a resultar tan fácil escapar de mis acusaciones, no estará ausente mucho tiempo. ¿O sí, doctor, empieza a vacilar tal vez?

Salieron de la clínica en fila india. Ya en el jardín, el médico se detuvo un instante y comentó:

—Teniente, imaginemos por un instante que todo eso es cierto... que mediante mis poderes parapsicológicos he podido dominar a Jean hasta el extremo de hacerle creer que cometía esos crímenes... Eso equivale a dominar su mente incluso a distancia...

—Ciertamente.

Se echó a reír entre dientes.

—Entonces, teniente, aunque me detengan, incluso en el caso remoto de que me condenasen... podría seguir dominándola cuando y como quisiera. La mente de Jean Myers es débil en ese aspecto... fácilmente influenciable. Esté donde esté, dentro de un límite prudencial, yo podré seguir obligándola a obedecerme. Piénselo... se presta a infinitas conjeturas, teniente.

Max se quedó mudo, helado, mientras un ramalazo de algo muy semejante al pánico culebreaba por sus nervios.

La diabólica posibilidad que el médico acababa de insinuarle se prestaba realmente a un mundo de horror.

—¡Maldito! —jadeó—. Inténtelo una sola vez y yo mismo le mataré, Dodds... le mataré con mis propias manos.

McManus respingó.

—¡Teniente! —exclamó.

—Lo siento... fue un estallido.

Salieron del jardín. El detective se instaló ante el volante y puso en marcha el motor, mientras Shawn y el médico rodeaban el vehículo para acomodarse en el asiento posterior.

Por el rabillo del ojo, Shawn descubrió el coche negro que empezaba a deslizarse como un fantasma a corta distancia.

Obró por puro instinto, guiado por sus reflejos. Sólo gritó:

—¡Cuidado, Mac!

Y se zambulló en la acera, en el instante en que una pistola ametralladora comenzaba a rugir.

Fue como un relámpago. Hubo el estrépito del arma automática y el lacerante aullido de los proyectiles zumbando por todas partes.

Luego, el coche aceleró tratando de escapar, pero McManus hundió el acelerador y se lanzó a través de la calle cortándole el paso. Al mismo tiempo se arrojó de cabeza sobre el asiento, lamentando haber olvidado las oraciones que le enseñaron de pequeño.

Notó el tremendo impacto cuando el otro coche hundió el morro en su carrocería. Tras esto, un revólver de gran calibre, empezó a retumbar tan rápidamente que casi pareció otra ametralladora.

Cuando el estruendo cesó, McManus se arriesgó a asomar la nariz por la ventanilla astillada.

Vio llegar a Shawn con su pesada 45 en la mano y suspiró.

—¿Está bien, Mac? —jadeó el teniente.

—Creo que sí. ¿Y usted?

—Un rasguño en el costado... nada importante. Creí que le habían matado, muchacho. Fue una excelente maniobra esa de cortarles el paso.

—Gracias, señor. Pero este coche no volverá a funcionar en mucho tiempo.

—¡Al infierno con el coche! Salga de ahí y vayamos a buscar a nuestro doctor...

—No creo que haya escapado, teniente. Mire.

Se volvió sobresaltado. Había un bulto oscuro sobre la acera.

El doctor Dodds ya jamás podría ser juzgado, y quizá nunca pudieran ponerse totalmente en claro sus diabólicos poderes...

Pero tampoco podría volver a inquietar nunca más la mente de Jean Myers.

Shawn suspiró y en cierto modo se alegró de que las cosas hubieran sucedido de ese modo.

Entonces, McManus gritó:

—¡Eh, yo conozco a uno de esos tipos!

Estaba metido dentro del auto de los atacantes. Cuando Max se reunió con él, la calle empezaba a llenarse de curiosos.

—¿Quién es?

—Aisley, señor. Ben Aisley... Al otro no le he visto nunca antes de ahora.

—Ese estúpido... juró que me mataría y ha intentado cumplir su palabra. Al diablo con todo esto, Mac.

Retrocedió.

Ahora seguiría una incesante carrera de declaraciones, informes, tarea de rutina que le mantendría ocupado durante horas.

Pero después...

Sonrió para sí, mientras se dirigía en busca de un teléfono.

Después esperaba Jean y fuera de eso ya no existía nada más.

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:

**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICÍACAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España